Sófocles

Edipo rey



Traducción, introducción y notas:
Leandro Pinkler

Editorial Biblos

Sófocles

Edipo rey

Traducción, introducción y notas:
Leandro Pinkler



CLASICOS

Colección dirigida por
Leandro Pinkler

Sófocles
Edipo rey. - 2ª ed. - Buenos Aires, Biblos, 2009
89 pp.; 20 x 12 cm

ISBN 978-950-786-535-0

1. Teatro griego clásico. Tragedia

CDD 882

Primera edición: junio de 2006

Diseño de tapa: *Luciano Tirabassi U.*
Armado: *Hernán Díaz*

Pasaje José M. Giuffra 318, C1064ADD Buenos Aires
info@editorialbiblos.com / www.editorialbiblos.com
Hecho el depósito que dispone la Ley 11.723
Impreso en la Argentina

Esta tercera edición se terminó de imprimir en
Primera Clase, California 1231, Buenos Aires
República Argentina,
en enero de 2009.

ÍNDICE

AGRADECIMIENTOS

Agradezco muy especialmente la labor de Roberto Torretti y Alejandro G. Vigo en la revisión de este trabajo, por la atención que le han brindado y por sus certeras lecturas del texto griego, que tanto han colaborado a mejorar esta traducción.

L.P.

INTRODUCCIÓN

El hecho de que el *Edipo rey* es la tragedia por excelencia y Edipo el paradigma del héroe trágico queda testimoniado ya por Aristóteles (*Poética*, 1452 a 33) y ha sido perpetuado por la continua fascinación que la obra ha ejercido en la posteridad. Ahora bien, de acuerdo con las diversas resonancias de esta fascinación, es necesario realizar una diferenciación entre *mito* y *versión*. Mientras el mito es el núcleo básico del relato y conlleva en sí el significado fundamental, las versiones pueden presentar variaciones en sus detalles, en la articulación de los hechos y –lo que es más decisivo– en la exposición del tema esencial. Pues, dado que existen, aunque no siempre se conserven, versiones del mito surgidas en distintos momentos de la historia de la literatura grecolatina (épicas, líricas, trágicas, alejandrinas, de la Antigüedad tardía, de los autores latinos, de los comentadores, etc.), es evidente que detrás de cada una subyace una visión del mundo diferente. A su vez, se pueden hallar distintas versiones dentro del mismo período –como en el caso del mito de Electra, conservado en los tres grandes trágicos–, en las que los poetas han tomado la misma situación en un escorzo diferente. Por tales razones, es necesario situar la versión sofoclea del mito de Edipo en el cuerpo textual de la tradición.

La primera mención de la literatura corresponde a la *Ilíada* (XXIII, v. 679), donde se alude a las exequias de Edipo en Tebas. Pero resulta más extensa la referencia de la *Odisea* en ocasión del famoso descenso de Odiseo –la llamada *katábasis*– a la morada de Hades, el oscuro reino de los muertos:

> También vi a la madre de Edipo, la hermosa Epicasta, la que cometió tremendo acto por ignorancia de su mente, al unirse con su hijo. Él, después de dar muerte a su padre, se casó con ella. [...] Por ese entonces reinaba él sobre los cadmeos en la muy hermosa Tebas, aunque sufriendo penas. Pero ella había descendido a la morada de Hades, de cerradas puertas, después de atarse a una soga colgada del techo, poseída por furor. Así dejó para Edipo numerosos dolores para el futuro, que cumplen las venganzas de una madre... (XI, vv. 271 ss.)

En un primer análisis se perciben aquí ciertos contrastes significativos respecto de la versión sofoclea: el nombre de la madre y esposa de Edipo es Epicasta y no Yocasta;[1] aunque ella se suicida, Edipo sigue reinando, a pesar de estar dolido, sin padecer exilio ni realizar ningún tipo de autopunición. Es esta última, sin duda, la principal diferencia entre la versión homérica y la trágica: la ausencia de todo castigo, mientras queda constatada la presencia del incesto y del parricidio en esta versión, la más antigua que poseemos.

De este modo los textos homéricos, que tienen su eje en el ciclo troyano, mencionan, aunque de manera marginal, a Edipo, un personaje fundamental del ciclo tebano, es decir, del conjunto de leyendas referidas a Cadmo, el mítico fundador de Tebas, y su descendencia, según indicia el primer verso del *Edipo rey*: "Hijos, nueva generación de Cadmo, el antiguo...". Asimismo, en los estudios mitológicos se vincula el mito de Edipo con un suelo mucho más arcaico: se sostiene que el *background* de todo el mito griego, de acuerdo con las analogías constantes entre los diversos mitos, deriva de un único esquema originario, el llamado "protomito" o "monomito" del héroe.[2]

1. Algunos han visto en este cambio un juego etimológico: Epicasta significa "la muy sobresaliente", y el cambio en Yocasta daría el resultado –no muy seguro etimológicamente, pero elocuente– de "la que sobresale por el hijo". Véase M. Fernández Galiano, *Sófocles. Tragedias*, Barcelona, 1985, p. 226.

2. El tema es trabajado por muy diversos autores. Una visión de conjunto

Esta forma básica se desarrolla en la narración de cómo un príncipe, exiliado de su genuina condición de heredero del trono, debe pasar por una prueba de carácter iniciático –el encuentro con la Medusa, la Esfinge o la Quimera– para alcanzar la *investidura real*. Y, en este sentido, el mito de Edipo, a pesar de sus peculiaridades (de incesto y parricidio), se inserta perfectamente en esa matriz.

Pero, además de la comentada versión homérica, existe otro contexto épico, del cual sólo conservamos unas referencias fragmentarias, completamente dedicado a Edipo: la *Edipodia*,[3] que forma parte de la llamada *Épica Cíclica*. La particularidad de esta versión (véase fr. 1) consiste en la afirmación de la existencia de Eurigania, segunda mujer de Edipo y madre de sus hijos. De modo que, de acuerdo con la *Edipodia*, los hijos de Edipo –Polinicies y Etéocles, Antígona e Ismena– no habrían nacido del incesto, que resulta previo a la unión con Eurigania.[4]

Por el contrario, sólo tenemos noticias explícitas de Layo, el padre de Edipo, desde Heródoto (v. 59). Pero muchos de los elementos de su leyenda iluminan la de Edipo. En este caso, todas las fuentes provienen de la tragedia o de autores tardíos, como Apolodoro o Pausanias. Lábdaco, padre de Layo, abuelo de Edipo, representa en todo el contexto trágico la fuente originaria de una familia de funesto destino, "la casa de los Labdácidas" (Sófocles, *Antígona* v. 594). Por lo demás, sabemos por otras referencias que Lábdaco quedó huérfano de niño, dejando por

puede hallarse en J.J. Goux, *Edipo filósofo*, trad. de L. Pinkler, Buenos Aires, 1999, pp. 17 ss. En este contexto es relevante la diferenciación entre mito y leyenda *(folk tale)*. Veáse P. Grimal, *Diccionario de la mitología griega y romana*, trad. de F. Barcelona, Parayols, 1965 y reimpr., p. XV.

3. Véase *Ciclo Épico Ciclo Tebano Ciclo Troyano*, trad. de A.B. Pajares, Madrid, 1979.

4. El curioso hallazgo de un papiro en una momia –en Lille, 1974– ha aportado la noticia de unos fragmentos líricos que presentan a Yocasta en diálogo con sus hijos y el adivino Tiresias. Véase *Le réplique de Jocaste*, ed. de J. Bollack, P. Judet de la Combe y H. Wismann, Lille, 1977.

Edipo –de acuerdo con esta interpretación– el desvarío sexual del incesto.

A las características citadas hay que añadir el hecho de que en los oráculos otorgados a Layo y a Edipo (véase *Edipo rey* vv. 711 ss.; v. 790 ss.), en los que se advierte respecto del parricidio, está presente el *mitema* (es decir, el motivo mitológico reiterado) de la hostilidad con el sucesor, la sustitución violenta de una generación por la otra, tal como aparece en el mito de Acrisio, el abuelo de Perseo, o en la sucesión del poder divino de la serie Urano-Crono-Zeus.[11]

Los distintos testimonios en torno del mito de Edipo que hemos mencionado son, entre otros, elementos que sirven para situar la originalidad de la versión sofoclea en su correspondiente articulación con la tradición mitológica. Pero el *Edipo rey* debe ser leído como un texto autónomo, en vinculación con los motivos sociológicos, religiosos y filosóficos de su época, la de la democracia ateniense.

Sófocles y su época

Comprender la figura del dramaturgo Sófocles en su significación histórica resulta equivalente, sin duda, a tener una visión profunda de todo el siglo V antes de Cristo, el siglo de Pericles y de la democracia ateniense, considerado el momento de maduración y plenitud de la cultura griega. La tragedia de Sófocles y la escultura de Fidias representan la esencia de la producción artística del genio ático, así como Tucídides y Aristófanes han reflejado los perfiles del hombre concreto. Y siempre se ha de tener en cuenta, como lo han hecho todos los grandes intérpretes de la historia, que éste ha sido un momento clave en la creación del humanismo de Occidente.

Sófocles acompañó en su larga vida (497-406 a C.) las fuer-

11. El motivo del enfrentamiento del hijo con el padre aparece claramente en la sucesión del poder en Hesíodo, *Teogonía* vv. 154 ss.; 459 ss.; 897 ss.

tes transformaciones de su época con la profunda reflexión de un creador prolífico, tal como ésta se manifiesta en las tragedias conservadas.[12] Es un lugar común relatar la anécdota, de dudosa precisión, en la que se cuenta la curiosa sincronicidad del año 480 en ocasión de la victoria de Salamina: Esquilo participó en la lucha, Sófocles (de diecisiete años) encabezó el coro de efebos que realizaban los augurios, mientras tanto nacía Eurípides.[13] De este modo se sitúa a las tres personalidades de la tragedia griegas, en su sucesión generacional: Esquilo hijo de la gloria ateniense, y Eurípides protagonista de su ocaso. Por su parte, Sófocles, que incluso sobrevivió por poco tiempo a Eurípides, tuvo el privilegio de ser testigo consciente y ciudadano activo en la serie de acontecimientos que construyeron la Atenas del siglo V y determinaron su posterior caída. En el contexto histórico que sucedió a la victoria de Atenas sobre los persas y marcó su hegemonía entre los demás helenos, tuvo lugar en esta ciudad una nueva articulación del pensamiento por obra de los llamados "sofistas". Muchos pasajes de la obra de Platón –pero muy en particular el *Protágoras* y el *Gorgias*– dibujan claramente cuál era el ambiente y el ideario de lo que se ha dado en llamar "la primera Ilustración".[14] Las creencias en el progreso y la autonomía del ser humano en la organización social, la distinción entre naturaleza y norma convencional *(physis-nómos)*, la crítica de los valores éticos y religiosos tradicionales, proliferan en la nueva intelectualidad y adquieren especial relevancia por su influencia en el círculo de Peri-

12. Se han conservado siete tragedias de los ciento veinticuatro títulos que conocemos. Para todos los problemas filológicos, véase "Introducción" de J.M. Lucas de Dios a Sófocles, *Fragmentos*, Madrid, 1986.

13. La anécdota la transmite el texto –del siglo I– de "Vida y linaje de Sófocles", que acompaña el texto griego en la ed. de Pearson (pp. XVIII ss.)

14. Son muchos los estudios al respecto. Véanse E. Rodríguez Adrados, *La democracia ateniense*, Madrid, 1975 y reed.; B.M.W. Knox, *The Heroic Temper*, Berkeley, 1964; C. Segal, *Tragedy and Civilization: An Interpretation of Sophocles*, Cambridge, 1981.

un tiempo el trono de Tebas a un usurpador, como también ocurrirá después con su hijo Layo. Pero carecemos de mayores datos, incluso ignoramos el nombre de su mujer. Layo fue expulsado de Tebas por Zeto y Anfión, y fue recibido en el palacio de Pélope, donde creció. En este punto del relato tiene lugar un suceso relevante: Layo se enamora de Crisipo, el hijo de Pélope, lo rapta y éste se suicida, tal como se representó en *Crisipo*,[5] la tragedia perdida de Eurípides. Por esta razón, Pélope maldice a Layo en su descendencia. Si bien en las obras conservadas de Esquilo, Sófocles y Eurípides falta toda referencia a Pélope y Crisipo, no hay incompatibilidad. Esta maldición que afecta a la generación de Layo explicaría los oráculos que le advierten acerca de no procrear (véase Esquilo, *Siete contra Tebas*, vv. 742 ss.). No obstante, el problema del acto de Layo encierra connotaciones mayores, de las que no faltan testimonios: Layo pasa por ser el introductor de la homosexualidad y, conforme a algunas interpretaciones, este hecho conlleva una mancha, al ser quien inaugura una unión *contra naturam*.[6] Incluso algunos comentaristas –como Pisandro– asocian la intervención de la Esfinge con un castigo de Hera, que como diosa protectora del vínculo conyugal desaprueba esa anomalía sexual.[7]

En este sentido, además de las menciones de Lábdaco y Layo en los testimonios, es importante poner de manifiesto una marca presente en sus nombres, que el antropólogo Claude Lévi-Strauss fue el primero en señalar.[8] En efecto, Lévi-Strauss fue

5. Ésta es una afirmación conjetural, dada la brevedad de los fragmentos. El problema de los testimonios es más complejo. Véanse A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, Madrid, 1982, 2ª ed. p. 195; B. Sergent, *La homosexualidad en la mitología griega*, trad. de A.C. Ibáñez, Madrid, 1986, pp. 77 ss.

6. La expresión –en griego *pará physin*– se encuentra en Platón, Leyes 636 c., referida a la homosexualidad masculina y femenina. En el texto se menciona a Zeus y a Ganímedes, en el marco de una crítica de estas costumbres.

7. Véase *Ciclo Épico...*, pp. 35 ss. Véase *infra* Apéndice: "El enigma de la Esfinge".

8. Para una exposición del problema véase J. Bermejo, *Mito y parentesco*

el primero en poner en evidencia un rasgo común en las tres generaciones de los Labdácidas: tanto Lábdaco como su hijo Layo y su nieto Edipo portan en sus nombres el signo indicador de una dificultad en el andar, una deformidad del pie. El nombre de Lábdaco se asocia con la cojera, el de Layo significa "zurdo" y "torcido", y el de Edipo suena claramente como "el de pie hinchado", como se indica en *Edipo rey* v. 1036. Una vez advertida esta indudable analogía suscitó enorme interés, porque se suma al hecho de que el enigma de la Esfinge, que resuelve "el de pie hinchado", versa sobre los pies. Y Sófocles mismo realiza a lo largo de todo el texto una brillante serie de analogías sobre la palabra *poús* ("pie" en griego).[9] De manera que surgió inevitablemente el problema de una "hermenéutica podológica", que vinculó "el mal pie" de los Labdácidas con un extravío de los comportamientos sexuales. En palabras de J.P. Vernant:

> Cuando Layo, el zurdo, se hace mayor, se muestra desequilibrado y unilateral en sus relaciones sexuales y en el trato con su anfitrión. Tuerce su comportamiento erótico por una homosexualidad excesiva, por la violencia que ejerce sobre el joven Crisipo, hijo de Pélope [...].
>
> Al volver a Tebas recupera el trono y se casa con Yocasta. Layo es advertido por el oráculo. No debe tener hijos. Su linaje está condenado a la esterilidad...[10]

Y tal "estigma del pie", heredado como el nombre, indica en

---

en la Grecia arcaica, Madrid, 1980, pp. 87 ss.; C. Lévi-Strauss, *Antropología estructural*, trad. de E. Verón, Buenos Aires, pp. 193 ss.

9. Véase, por ejemplo, "La Esfinge... nos obligaba a atender a lo que teníamos en nuestros pies", v. 130, en el sentido etimológico de "impedimento"; "Y la maldición que por ambos lados te azota... con pie terrible...", v. 418, "leyes de alto pie", v. 865; véase también vv. 445, 468, 479, 718, 878, 1032 y 1350. Para el enunciado del enigma, véase Apéndice.

10. J.-P. Vernant y P. Vidal-Nacquet, *Mito y tragedia en la Grecia antigua*, t. II, trad. de A. Iriarte, Madrid, 1989, p. 54.

cles. Pero en los cincuenta años que van de la victoria de Salamina a los comienzos de la guerra de Peloponeso, marcados por la peste de Atenas y la muerte de Pericles, se da un complejo proceso de asimilación y crítica de estos nuevos valores.

Durante este tiempo Sófocles mantuvo una actividad política importante. Fue administrador del tesoro de Atenas en el 443 y estratego en la guerra de Samia en 441-438. Como persona cercana a Pericles, conoció plenamente a los nuevos "humanistas", mientras practicaba los cultos de la religión de la ciudad y se dedicaba a la creación de tragedias, en las que desarrolló un lúcido testimonio de su momento histórico así como una reflexión universal sobre la condición humana.

Entendemos que no resulta esclarecedor considerar los problemas del siglo V con las categorías de la oposición "conservadores" *versus* "progresistas". Pero incluso en tal caso sería erróneo calificar a Sófocles de lo primero. Aunque su perspectiva es indudablemente religiosa –en el simple sentido de que el hombre no es dueño y señor sino que debe estar atento a lo que lo sobrepasa en poder–, todo su pensamiento se despliega en una reformulación de las concepciones tradicionales, a la luz de los nuevos problemas antropológicos de la época. Y si su pintura es por cierto pesimista, lo es por ser genuina expresión de la poesía trágica.

Edipo rey

En la cronología más aceptada, se sitúa al *Edipo rey* en el año 429, un momento de crisis signado por la peste que azotó Atenas a la que se alude en el inicio de la pieza. En efecto, la plaga –el *loimós*– constituye el tema central del Prólogo, en el que se realiza la descripción de los suplicantes con sus ramos y sahumerios, que recuerda la festividad apolínea de las Targelias.[15] De tal manera, desde el principio mismo de la tragedia,

15. Para la determinación de la cronología de la obra se toma en consideración la fecha de *Los acarnienses* de Aristófanes, cuyo verso 267 parodia el

se apunta a Apolo como el numen que gobierna todo el dominio simbólico de la obra. Pues sus temas fundamentales –mancha y purificación, conocimientos y saber oracular, luz y oscuridad– constituyen esferas asignadas a esta divinidad, en una religión en la que cada dios representaba una parcela bien diferenciada de la realidad.[16] Esta marca inconfundible del texto enlaza la versión sofoclea con el soberano de Delfos, el dios del "conócete a ti mismo", para centrar como problema fundamental de la obra la autognosis, el conocimiento de sí, lo que también significa –como se dice en el *Cármides* de Platón– el reconocimiento de la propia naturaleza humana, mortal. En este mismo sentido, Paul Ricœur ha denominado al *Edipo rey* "la tragedia de la verdad"[17] y el gran filólogo Karl Reinhardt –elogiado por Martin Heidegger y por Hans-Georg Gadamer–, "la tragedia de la apariencia humana",[18] de acuerdo con los tan citados versos:

> ¡Ay, generaciones de mortales! ¡Me doy cuenta de que llevan una vida igual a nada! ¿Pues qué hombre, quién obtiene más felicidad que tanta como hace falta para dar la apariencia y, tras haberla dado, declinar de nuevo? (vv. 1189 ss.)

Edipo representa el ser que en su anhelo de conocimiento llega a develar "la desesperada inseguridad de la condición humana: en un sentido, todo ser humano deambula en la oscuridad como Edipo, sin saber quién es y qué tiene que sufrir;

629 del *Edipo rey*. Para la referencia a las Targelias véase J.-P. Vernant y P. Vidal-Naquet, *Mito y tragedia en Grecia antigua*, t. I, trad. de M. Armiño, Madrid, 1989, pp. 119 ss.

16. Para las atribuciones del dios Apolo, véase W. Burkert, *Greek religion*, Cambridge, 1985, pp. 143 ss.

17. En *Le conflit des interprétations*, t. II, París, 1969; trad. cast. de H. Conteris, *Hermenéutica y psicoanálisis*, Buenos Aires, 1975, pp. 22 ss.

18. K. Reinhardt, *Sophokles*, Francfort, 1933; trad. cast. de F. Ramos: *Sófocles*, Barcelona, 1991.

todos vivimos en un mundo de apariencia...".[19] La fragilidad de la dicha humana asentada en el inane velo de la apariencia es, en resumidas cuentas, el tema esencial del *Edipo rey*, y se puede decir con justicia que lo es de toda la tragedia griega. Pues, como sostuvo Nietzsche en su obra de juventud,[20] Apolo es el dios de la apariencia y Dioniso su doloroso desocultamiento.

Entendemos que esta interpretación es la más genuina respecto de la dimensión universal y filosófica del *Edipo rey*. Y puede atestiguarse en el texto una continua insistencia en la expresión de los significados básicos de "estar oculto" y "sacar a luz",[21] al describir el proceso de develamiento progresivo que culmina en "el reconocimiento": la *anagnórisis* paradigmática de Edipo, descripta por Aristóteles en *Poética* 1455 a 19.

Ahora bien, desde este núcleo de significación se plantean otros problemas vinculados con el entorno de la época. En primer lugar, hay que señalar que Sófocles desarrolla en este texto una crítica de las –ya mencionadas– nuevas ideas de su tiempo, que pueden sintetizarse en la famosa sentencia de Protágoras: "El hombre es la medida de todas las cosas...". Con ella se expresa una negativa a tener en cuenta la intervención de los dioses en la sociedad humana, para llevar a cabo el ideal de una autonomía humana basada en la razón. Y, en conformidad con este anhelo, se propagó por Atenas una actitud de reserva respecto de las tradiciones religiosas, que Sófocles describe en el segundo estásimo:

19. E.R. Dodds, "On Misunderstanding the *Oedipus Rex*", en *The Ancient Concept of Progress*, Oxford, 1973, p. 76.

20. F. Nietzsche, *Die Geburt der Tragödie* (1872), véase la traducción de A. Sánchez Pascual: *El nacimiento de la tragedia*, Madrid, 1973, p. 76.

21. Se trata de la oposición entre dos grupos de palabras, del tema radical *phan* "manifestarse" y de *lath* "ocultarse", de donde deriva "latente". Sófocles utiliza continuamente palabras de los dos grupos a lo largo de toda la tragedia. Véase v. 133 "Pero yo voy a sacar a la luz *[phanô]* todo de nuevo, desde el principio". Véanse los usos del verbo *lantháno* en el diálogo con Tiresias (vv. 366, 415)

Y si tales acciones son respetadas, ¿para qué voy a participar de los coros sagrados?

Ya no volveré a ir con veneración al sagrado ombligo de la tierra [...]. Pues se dejan de lado los antiguos oráculos de Layo, marchitos, y en ninguna parte Apolo brilla con honores. ¡Las cosas divinas se están perdiendo! (vv. 895 ss.)

El *Edipo rey* toma como problema fundamental –igualmente centrado en Apolo– la creencia en los oráculos y la veneración panhelénica del templo de Delfos. En éste la Pitonisa comunicaba al consultante la palabra de Apolo, expresión de la voluntad de Zeus.[22] Toda la trama de la tragedia muestra el cumplimiento inexorable de la palabra profética, y se recuerda así la existencia de las "leyes de alto pie nacidas con el celeste éter, cuyo único padre es el Olimpo. Ninguna naturaleza humana las engendró y jamás el olvido las adormecerá" (vv. 868 ss.). De este modo, Sófocles expone en la persona de Yocasta las dudas acerca de la verdad de los oráculos, con la ironía trágica de que ella, al intentar disuadir a Edipo, no hace sino despertar aun más sus deseos de conocer: "Nada de lo humano es partícipe del arte adivinatorio" (vv. 709 ss.). Por su parte, Edipo ha resuelto el enigma de la Esfinge por su propia cuenta, sin auxilio de la tradición mántica: "acerté con la inteligencia, sin ayuda de los pájaros" (vv. 396 ss.).[23] Se enfrenta con Tiresias, el sacerdote ciego de Apolo. Toda la escena es una pintura de la lucha entre el poder político laico y la tradición religiosa, y se vincula con otras disputas de la misma índole protagonizadas por Tiresias, con Creonte en la *Antígona* y con Penteo en las *Bacantes* de Eurípides. Tiresias, a pesar de su reticencia inicial, expresa por completo la verdad desde el principio mismo de la tragedia: "Tú eres el impío que mancha esta tierra" (v. 352); "tienes la unión más vergonzosa con tus seres

22. Para el significado de Delfos, véase M. Delcourt, *L'Oracle de Delphes*, París, 1955 y reed.

23. Véanse otras referencias a la Esfinge en el Apéndice.

más queridos" (v. 366). Pero aunque la verdad ha sido dicha, recién será reconocida tras una larga pesquisa que confirmará las palabras de Tiresias y las de los oráculos dados a Layo (vv. 713 ss.) y a Edipo (vv. 791 ss.).

En este punto es necesario advertir contra una lectura frecuente en los comentaristas del siglo XIX y principios de siglo XX, que hace del *Edipo rey* la tragedia del destino ineluctable. Como lo ha expresado José S. Lasso de la Vega en su florida introducción a Sófocles: "No es un drama del destino inquebrantable (que es cosa muy tardía, estoica), en su contraposición con la libertad: este conflicto destino/libertad será cosa perdidamente romántica; pero es una idea confusa y barata querer traspasarlo a la tragedia de Sófocles, viendo en ella una pintura de los esfuerzos del hombre por escapar a su destino".[24] Por eso resulta necesario precisar que el tema central de la tragedia es el del conocimiento, y el de la verdad ocular, para no introducir en la interpretación del texto categorías anacrónicas como la oposición destino/libertad. Según ha comentado E.R. Dodds: "Ningún oráculo afirmó que él debía conocer la verdad".[25] Tampoco se sostiene así que la noción de destino no cumple ninguna función en la tragedia que nos ocupa, sino que el problema es mucho más complejo. En primer lugar, como ya se ha señalado, porque la concepción de destino como algo premeditado en sentido estricto es posterior a la tragedia: surge en el mundo helenístico. Y, en segunda instancia, porque la noción de destino es tan rica en expresiones de la lengua griega que recubre todo un campo semántico. En efecto, palabras como *moira*, *tykhe*, *pótmos*, *aisa*, e incluso *anánke*, *daimon* y otras suelen traducirse como "destino", a pesar de tener significados diversos.[26]

24. En Sófocles, *Tragedias*, Madrid, 1981, p. 82.

25. E.R. Dodds, ob. cit., p. 71.

26. Véase W.C. Green, *Moira: Fate, Good and Evil in Greek Thought*, Cambridge, 1944.

En virtud de la recurrencia de los términos utilizados en el texto del *Edipo rey*, entendemos que la oposición básica de la tragedia ha de enunciarse como *mánteuma* (palabra oracular) en contraposición a *tykhe* (azar, fortuna). Y es así como puede preguntar Yocasta, en ocasión de enterarse de la muerte del supuesto padre de Edipo: "¿Qué puede temer un hombre que está a merced de la fortuna *[tykhe]* y no tiene previsión segura de nada?" (v. 978). Pues en todos sus usos *tykhe* significa lo imprevisible e indeterminado. Por eso Edipo, al saber que no es hijo de quienes creía, de los reyes de Corinto, se considera "hijo de la Fortuna" (v. 1080). Entretanto Yocasta, a partir de los testimonios del mensajero, percibe que los antiguos oráculos de Layo se han cumplido y trata de impedir que Edipo continúe con la indagación. Pero como no puede detener su pasión de autoconocimiento, grita: "¡Desafortunado! ¡Que nunca llegues a saber quién eres!" (v. 1068).

Otro de los temas y problemas fundamentales del *Edipo rey* es el de la naturaleza de la acción humana, especialmente en la distinción entre acciones voluntarias e involuntarias, surgida conforme a la evolución del derecho en la sociedad griega.[27] En efecto, en un primer momento la jurisprudencia arcaica no tomaba en cuenta la intención del agente frente a la acción sino sólo los resultados de ésta. Pero con la evolución del *nómos* (la ley escrita) –cuyas vicisitudes cuestiona Sófocles en la *Antígona*–[28] se comienza a discriminar entre las acciones voluntarias y las involuntarias, y la tragedia toma la cuestión como un motivo recurrente de su reflexión sobre la praxis.[29]

En un célebre texto, donde discurre acerca de cuál es la situación que lleva a cabo de la mejor manera la finalidad de la tragedia –el producir temor y compasión–, dice Aristóteles (*Poética* 1453 a 10):

27. Véase J. P. Vernant y P. Vidal-Naquet, ob. cit., pp. 445 ss.

28. Véase L. Pinkler y A. Vigo, trad., intr. y notas a Sófocles, *Antígona*, Buenos Aires, 1987 y reed., pp. 56 ss.

29. Véase B. Williams, *Shame and Necessity*, Berkeley, 1993, pp. 75 ss.

> Queda, pues, el caso de quien se encuentra en el medio de ambas situaciones. Tal es el que no descuella ni en virtud ni en justicia, ni tampoco cae en la desgracia por maldad o perversión sino por alguna falla, uno de los que se encuentran con suma gloria y felicidad, como Edipo y Tiestes y los varones famosos de semejantes linajes. (Traducción de E. Schlesinger)

La palabra griega para "falla" es *hamartía*, con la que se designa un error que el sujeto comete sin tener conciencia, y en el caso de la especulación aristotélica deviene en lo que se da en llamar "el error trágico", que encuentra sus modelos en Edipo y Tiestes, pues cometieron las peores cosas que puede hacer un hombre sin saber lo que hacían.[30]

Respecto de las dos tremendas acciones de Edipo –el incesto y el parricidio–, la esencia de su carácter trágico se funda en el hecho de que no han sido voluntarias. De este modo, se plantea el problema de que, si bien hubiese sido absuelto ante un tribunal por su ignorancia del incesto y el parricidio, esto no lo hubiese liberado del *míasma*, de la impureza de haber cometido tales actos. Por lo tanto, la actitud de Sófocles enfatiza la presencia de un marco situado más allá del criterio jurídico, dentro del cual ha de ser comprendida la acción humana: el orden divino del mundo, personificado en la voluntad y la palabra de los dioses.

En el *Edipo en Colono*, la última tragedia de Sófocles, se desarrolla "el relato de involuntarios actos" (v. 241). Cuando el Coro le solicita la explicación de sus crímenes, Edipo contesta:

> Soporté las peores cosas, extranjeros, las soporté contra mi voluntad. Bien lo sabe la divinidad. Ninguna de estas cosas ha sido por mi propia elección. (vv. 521 ss.)

En cambio, cuando se describe el suicidio de Yocasta y la

30. Para el relato de la leyenda de Tiestes que se comió a sus propios hijos por un ardid de su hermano, véase la narración en el *Agamenón* de Esquilo.

automutilación de Edipo en el *Edipo rey* se muestra claramente su distinta connotación, propia de una acción buscada por el sujeto:

> Pronto saldrán a la luz otros males, queridos y no involuntarios. Y de las penas las que más afligen son, con mucho, las que se eligen por propia decisión. (vv. 1229 ss.)

La determinación de oscurecer su visión y destrozar sus ojos es clasificada por el propio Edipo en el *Edipo en Colono* como "un castigo mayor que las anteriores faltas" (v. 438). Encuentra su justificación en el deseo de no ver más y de no afrontar en la morada de Hades la visión del rostro de sus padres (véase *Edipo rey* vv. 1339 ss., 1369 ss.)

Los problemas señalados son, entre otros, coordenadas para realizar una lectura legítima del *Edipo rey*, enraizada en su suelo originario. Pues resulta, por cierto, tergiversador todo intento de esquematizar el problema trágico en alguna fórmula o clasificación. Si Edipo pone en última instancia como fuente de todos sus males a la divinidad: "¡Fue Apolo, sí, fue Apolo quien cumplió estos horrores!" (v. 1330), alude con ello a la presencia de lo divino en el mundo. Y no hace así otra cosa que parafrasear el último verso de *Las traquinias*: "son muchas las desgracias e infortunios, y no hay nada en esto que no sea Zeus". Entendemos que el problema de una hermenéutica contemporánea del texto tiene que tomar en consideración el significado profundo de sus planteos, para no caer en los habituales clichés acerca del hombre como "marioneta de los dioses" y poder establecer así un diálogo genuino con el pensamiento de Sófocles.[31]

Leandro Pinkler

31. Muchas son las obras que, desde Freud, se han realizado acerca del mito de Edipo con la perspectiva del psicoanálisis. Véase una síntesis de los principales problemas planteados en J.-J. Goux, ob. cit. Una lectura del *Edipo rey* en relación con el establecimiento de la verdad y las estrategias de poder puede verse en la obra de M. Foucault, *La verdad y las formas jurídicas*, trad. de E. Lynch, Barcelona, 1980 y reed.

ESTRUCTURA DE LA TRAGEDIA

PRÓLOGO (VV. 1-150)

Se presenta el problema de la peste en Tebas. El pueblo acude suplicante ante el palacio de Edipo. Éste aparece con magnificencia como el primero de los mortales. Creonte trae la respuesta del oráculo de Delfos, que dictamina que hay que buscar al asesino de Layo. Edipo se compromete a llevar la cuestión hasta las últimas consecuencias.

PÁRODO (VV. 151-215)

En su primera intervención el Coro describe el azote de la peste y pide ayuda a los dioses.

EPISODIO 1° (VV. 216-462)

Comienza con la maldición de Edipo contra el asesino de Layo, que mancha con su acción a la ciudad. Sigue con un diálogo entre Tiresias y Edipo: Tiresias rehúsa a hablar en principio, y Edipo monta en cólera. En consecuencia, el adivino Tiresias revela la verdadera situación: Edipo es el asesino de Layo y vive en medio de males que no percibe. Al oír esto, Edipo acusa a Tiresias de actuar como cómplice de Creonte.

ESTÁSIMO 1° (VV. 463-512)

El Coro anuncia la funesta suerte que aguarda al asesino de Layo, condenado por Edipo. No acepta la acusación lanzada por Tiresias contra Edipo.

EPISODIO 2° (VV. 513-862)

Creonte se presenta ante Edipo para defenderse de sus acusaciones. Ambos discuten hasta que aparece en escena Yocasta, que ruega a Edipo confiar en su hermano Creonte. Sigue un diálogo lírico (vv. 650-696) entre el Coro, Edipo y Yocasta. Edipo cuenta que ha sido acusado de ser el asesino de Layo, y Yocasta, para apaciguarlo, le revela los oráculos otorgados a Layo, mientras afirma que no hay que confiar en ningún tipo de arte adivinatorio. En este discurso comenta que Layo debía –según tales oráculos– ser muerto por su propio hijo, que éste fue abandonado a la muerte, y que finalmente Layo fue asesinado por unos ladrones en una encrucijada de tres caminos. Al oír esto, Edipo se perturba por la mención del lugar del crimen y cuenta a Yocasta su propia historia: su procedencia de la corte de Corinto, la disputa con quien le afirmó que no era hijo legítimo, su consulta al oráculo de Delfos y la respuesta que vaticina el incesto y el parricidio. A continuación cuenta cómo en la encrucijada de tres caminos él mismo mató a un anciano. Parece que él es el asesino de Layo. Para atestiguarlo será menester llamar al único testigo, un servidor de Layo que escapó de la muerte.

ESTÁSIMO 2° (VV. 863-910)

El Coro canta la insolencia del poder humano y el respeto que merecen las leyes de los dioses. Expresa su descontento respecto de las impías costumbres que olvidan los deberes religiosos.

EPISODIO 3° (VV. 911-1085)

Llega un mensajero de Corinto para anunciar que ha muerto Pólibo, el supuesto padre de Edipo. Yocasta y Edipo se alegran de la noticia, porque parece confirmar la ineficacia de los oráculos. Sin embargo, al expresar Edipo el temor de unirse con su supuesta madre, el mensajero le advierte que él mismo lo recibió de manos de un servidor de Layo en el monte Cite-

rón. Yocasta pide que no siga indagando, pero Edipo entiende que ella está desanimada por temor de su origen plebeyo, y manifiesta que seguirá con la pesquisa hasta las últimas consecuencias. Yocasta desaparece de escena, después de expresar su desesperación.

ESTÁSIMO 3° (VV. 1086-1109)

El Coro se pregunta por el origen divino de Edipo y anuncia su pertenencia a la estirpe de Tebas.

EPISODIO 4° (VV. 1110-1185)

Se presenta el testigo, el anciano pastor. Él, muy a su pesar, irá revelando toda la verdad, hasta que Edipo entre gritos angustiosos lamenta el cumplimiento inexorable de los oráculos.

ESTÁSIMO 4° (VV. 186-1222)

El Coro lamenta la terrible suerte de Edipo que, después de haber llegado a ser el más próspero de los ciudadanos, ha caído en terrible desgracia.

ÉXODO (VV. 1223-1530)

Un mensajero anuncia el suicidio de Yocasta y la mutilación de Edipo. Sigue un diálogo lírico (vv. 1312-1368) ente Edipo y el Coro, en el que se lamentan del triste destino de Edipo odiado por los dioses. Aparece Creonte. Edipo se despide de sus hijas antes de ser exiliado.

BIBLIOGRAFÍA

Principales traducciones al español

ALAMILO, A., *Sófocles. Tragedias*, Madrid, 1981.
BENAVENTE, M., *Sófocles. Tragedias*, Madrid, 1971.
LUCAS DE DIOS, J.M., *Sófocles. Áyax, Las traquinias, Antígona, Edipo rey*, Madrid, 1998 (1988).
FERNÁNDEZ GALIANO, M., *Sófocles. Tragedias*, Barcelona, 1985.

Ediciones del texto

BOLLACK, J., *L'Œdipe Roi de Sophocle*, Lille, 1991 (texto, traducción y notas en cuatro volúmenes).
DAIN, A. y P. MAZON, *Sophocle*, París, 2ª ed. 1960-1967 (ed. de Dain y trad. de Mazon).
DAWE, R. D., *Oedipus Rex*, Cambridge, 1982.
ERRANDONEA, I., *Sófocles. Tragedias*, Barcelona, 1959-1968 (ed. y trad.)
KAMERBEEK, K.C., *The Plays of Sophocles. Commentaries*, IV: *The Œdipus Tyrannus*, Leiden, 1967.
LLOYD-JONES, H. y N.G. WILSON, *Sophoclis Fabulæ*, Oxford, 1990.

Estudios

ADRADOS, F.R., *La democracia ateniense*, Madrid, 1975.
BOWRA, C. M., *Sophoclean Tragedy*, Oxford, 1944.
KIRKWOOD, G. M., *A Study of Sophoclean Drama*, Ithaca, 1958.
KNOX, B.M.W., *The Heroic Temper*, Berkeley, 1964.
SEGAL, Ch., *Tragedy and Civilization: An Interpretation of Sophocles*, Cambridge, 1981.

REINHARDT, K., *Sófocles*, Barcelona, 1991 (trad. de F. Ramos de la edición alemana, Francfort, 1933).

Texto adoptado

Hemos tomado el texto de H. Lloyd-Jones y N.G. Wilson, *Sophoclis Fabulæ*, Oxford, 1990, con particular observación de la fijación de J. Bollack y de los comentarios de J.C. Kamerbeek.

DIFERENCIAS TEXTUALES

Verso	*Lloyd-Jones y Wilson*	*Texto adoptado*
81	ὄμμα τι	ὄμματι [Bollack y códices]
425	ἅ γ' ἐξαΐστώσει σὲ σὺν	ἅ σ' εξισώσει σοί τε [Bollack y códices]
464	ᾖδε	εἶπε [Pearson y códices]
516	δοκεῖ	νομίζει [Bollack y códices]
541	πλούτου	πλήθουσ [Bollack y códices]
566	κανόντος	θανόντος [códices]
666	καρδίαν	ψυχὴν και [Bollack y códices]
677	σῶς	ἴσος [Bollack y códices]
685	προνοουμένῳ	προπονούμεμας [Bollack y códices]
742	μέλας	μέγας [Bollack y códices]
789	ἀθλίῳ	ἄθλια [Bollack y códices]
892	θυμοῦ	θεῶν [Pearson]

894	τεύξεται... ἀμύνειν	εὔξεται... ἀμύνειν [Bollack y códices]
1056-7	μάτην... τάδε	τὰ δὲ ... μάτην [Bollack y códices]
1101	πατρὸς πελασθεὶς᾽	προσπελασθεῖς᾽ [Bollack y códices]
1197	ἐκράτησας οὐ	ἐκράτησας τοῦ [Bollack y códices]
1348	μηδαμά γνῶναι	μηδ᾽ ἀναγνῶναι [Bollack y códices]
1505	πάτερ, ἴδης	περιίδης [Bollack y códices]

EDIPO REY

(Ante el palacio de Edipo en Tebas se encuentra un grupo de ancianos y jóvenes en actitud suplicante, con ramos de olivo. Frente a ellos está el sacerdote de Zeus. Edipo sale del palacio y los contempla un momento en silencio. Luego toma la palabra.)

EDIPO. –Hijos, nueva generación de Cadmo, el antiguo,[1] ¿qué es esta actitud que muestran ante mí, coronados con ramas de suplicantes?[2] La ciudad está llena de humo de los sahumerios, llena de plegarias y lamentos. Y ante esto, hijos, al creer que no es justo enterarme por otros mensajeros, he acudido aquí en persona yo mismo, que tengo por nombre Edipo, famoso para todos. Y bien, anciano, habla, pues te corresponde dar la voz por éstos. ¿En virtud de qué se encuentran así, expresando un temor o un deseo? Porque estoy dispuesto a ayudar en todo. Sería insensible al dolor, de no sentir piedad ante tal actitud.

SACERDOTE. –Pero Edipo, señor de mi tierra, tú nos estás viendo a esta edad postrados ante tus altares: unos no tienen ya fuerza de volar lejos, los otros somos sacer-

1. Cadmo, el hijo del fenicio Agenor, es el mítico fundador de Tebas. Ha venido de Tiro en busca de su hermana Europa, raptada por Zeus.

2. La *Hikéteia*, actitud de suplicante, es una institución de la religión griega. Los suplicantes portan la señal de unos ramos de olivo o laurel.

dotes apesadumbrados por la vejez –yo lo soy de Zeus– y los demás son escogidos entre los jóvenes. El resto del pueblo permanece con sus ramos de suplicantes en las plazas, junto a los dos templos de Palas[3] y ante la ceniza profética de Ismeno.[4]

Pues la ciudad, como tú mismo adviertes, se encuentra ya sacudida en demasía y no puede sacar la cabeza de los abismos de esta ola sanguinaria. Se consume en los gérmenes fructíferos de la tierra, se consume en los rebaños de bueyes y en los partos infecundos de las mujeres. Pues se empeña en azotarla esta divinidad que trae la fiebre, ¡peste odiosísima! Ella está aniquilando la estirpe de los cadmeos, mientras el negro Hades se enriquece con gemidos y llantos.[5]

No estamos ante tu palacio por igualarte a un dios, sino porque te juzgamos el primero entre los hombres, tanto en las circunstancias de la vida como en los tratos con los dioses. En efecto, fuiste tú quien liberaste con tu llegada a la ciudad de Cadmea del tributo que pagábamos a la dura cantora, y eso sin recibir noticias ni aprendizajes de parte nuestra. Pero se dice y se cree que fue con la ayuda de un dios como ordenaste nuestra vida.[6]

De modo que ahora, Edipo, el más poderoso entre todos, te lo imploramos cuantos estamos ante ti: encuentra algún socorro para nosotros, ya porque escuches el decir de algún dios, ya lo sepas de alguno de los hombres. Pues veo que se ajustan más a las circunstancias

3. Había en Tebas dos templos dedicados a Atenea: el de Palas Oncaia y el de Atenea Cadmea.

4. En el altar de Ismeno, semidiós de Apolo, se practicaba la adivinación mediante el fuego.

5. Hades es el dios que representa la muerte. Su epíteto principal es Plutón "el rico", de manera que hay un juego de palabras en la expresión "se enriquece...", en griego *ploutízei*.

6. Se refiere al desciframiento del enigma de la Esfinge; véase Apéndice.

los consejos de quienes tienen experiencia. ¡Vamos! Tú, el mejor de los mortales, vuelve a poner en orden la ciudad. ¡Vamos! Ten cuidado, porque ahora se te llama salvador por tu valor de antaño. ¡Que jamás recordemos tu gobierno porque en él nos levantamos para caer después! De manera que vuelve a poner a la ciudad con firmeza en el recto camino. Como nos proporcionaste la fortuna de entonces con buen agüero, haz ahora igual también en la situación presente.

Pues si vas a gobernar esta tierra, como lo haces, es mejor reinar con hombres en ella que en un lugar vacío. Para nada valen una torre o una nave, desiertas de hombres que las habiten.

EDIPO. –Hijos dignos de compasión, vienen ante mí movidos por el deseo de cosas que me son conocidas, no ignoradas. Bien sé que todos están sufriendo, pero en este dolor no hay entre ustedes quien sufra igual que yo. Pues la pena de ustedes toca a cada uno solo por sí mismo, y por ningún otro, mientras mi alma se angustia por la ciudad, por mí y por ustedes al mismo tiempo. De modo que no me están despertando como a quien duerme sumido en el sueño. Por el contrario, sepan bien que ya derramé muchas lágrimas y recorrí muchos caminos en las idas y vueltas de mi pensamiento. Tras examinar con atención, puse en práctica el único remedio que encontré. Efectivamente, envié a Creonte, el hijo de Meneceo, mi propio cuñado, a la morada pítica de Febo[7] a que averigüe qué debo hacer o decir para poner a salvo a esta ciudad. Por eso, al calcular el tiempo transcurrido me aflige no saber qué estará haciendo. Pues se ausenta más de lo normal, tarda más de lo conveniente. Pero, una vez que él llegue aquí, seré yo un ser vil, si no cumplo todo lo que ordene el dios.

7. El oráculo de Delfos, que juega en toda la obra un papel fundamental, respondía a las preguntas de los gobiernos de las ciudades y de los particulares; véase Introducción, nota 22.

SACERDOTE. –Hablas en buen momento, pues me están indicando con señas que se acerca Creonte.

EDIPO. –Soberano Apolo, ¡ojalá acuda con la ventura de la salvación, tal como se lo ve de radiante!

SACERDOTE. –Según parece, la cosa ha de ser favorable. Pues de otro modo no vendría así con la cabeza coronada de floridos laureles.

EDIPO. –Ya lo sabremos. Está en la distancia justa como para escucharnos: príncipe, pariente mío, hijo de Meneceo, ¿qué anuncio del dios nos traes con tu llegada?

CREONTE. –Uno bueno. Pues entiendo que incluso las desgracias pueden ser favorables, si acaban en senda recta.

EDIPO. –Pero ¿cuál es la respuesta? Pues lo que has dicho no me infunde ni más confianza ni más temor.

CREONTE. –Si quieres escucharme en presencia de ellos estoy dispuesto a hablar, lo mismo si prefieres ir adentro.

EDIPO. –Dilo ante todos, pues llevo más duelo por ellos que por lo que toca a mi vida.

CREONTE. –Diré, entonces, lo que escuché de parte del dios. Febo nos ordena claramente, señor, echar de la región el miasma crecido en esta tierra,[8] que no aumente hasta lo irremediable.

EDIPO. –¿Mediante qué tipo de purificación? ¿De qué índole es la desgracia?

CREONTE. –Mediante el destierro, o expiando una muerte con otra muerte, porque esta sangre azota a la ciudad.

EDIPO. –¿Pero a qué hombre le señala esta suerte?

CREONTE. –Entonces era Layo, señor, el soberano de

8. El *míasma* –mácula, mancha– es una noción de la religión antigua. Indica una acción –o el agente de la acción– que necesita una purificación-*kátharsis*.

esa tierra, antes de que tú tomases en tus manos el rumbo de esta ciudad.

EDIPO. –Lo sé, por supuesto. De oídas, pues jamás lo vi...

CREONTE. –Él fue muerto, y ahora se nos encomienda claramente tomar en nuestras manos el castigo de los autores, quienes sean.

EDIPO. –¿Pero en qué lugar de la tierra están? ¿Dónde encontrar la huella, mal atestiguada, de una falta antigua?

CREONTE. –En esta tierra, afirmó el dios. Pues lo que se busca se puede hallar, pero lo que se descuida se escapa.

EDIPO. –Pero ¿dónde estaba Layo cuando sucumbió a tal muerte? ¿En el palacio, en el campo o en otra tierra?

CREONTE. –Se había ausentado, para consultar al dios,[9] según dijo. Pero, tras marcharse, no regresó jamás de nuevo a casa.

EDIPO. –¿No lo vio algún mensajero, o compañero de viaje, cuyas noticias puedan servir?

CREONTE. –Están muertos, excepto uno que huyó de miedo. Y de lo que vio sólo una cosa pudo expresar con certeza.

EDIPO. –¿Qué? ¡Pues una sola cosa podría ayudar a descubrir muchas, si consiguiéramos un pequeño principio de esperanza!

CREONTE. –Dijo que se topó con unos bandidos, que no lo mataron con la fuerza de un brazo, sino con la de muchos.

EDIPO. –¿Pero cómo el ladrón pudo haber llegado a tal osadía, de no haber estado el asunto arreglado desde aquí con dinero?

CREONTE. –Eso se supuso. Pero, sumidos en desven-

9. Al oráculo de Apolo en Delfos.

turas, no surgió ningún defensor de la muerte de Layo.

Edipo. –¿Qué desgracia pudo ser impedimento para averiguarlo, cuando el poder real cayó de esa manera?

Creonte. –La Esfinge de cantos enrevesados nos obligaba a atender a lo que teníamos entre nuestros pies y a dejar de lado los asuntos inciertos.[10]

Edipo. –Pero yo voy a sacar a la luz todo de nuevo, desde el principio. Pues tiene razón Febo –y tú también con él– en haber vuelto a llamar la atención sobre esta muerte. De modo que con justicia me verán como aliado: tomaré venganza en nombre de esta tierra, y también del dios. Y no en interés de amigos lejanos sino en el mío propio voy a sacar esta mancha. Pues quienquiera sea el que mató a aquél, podría desear vengarse de mí con un golpe igual. Y así, al cumplir con él, me ayudaré a mí mismo. Por eso, ¡vamos, hijos! ¡Levántense lo más pronto posible de las gradas, con esas ramas de suplicantes! Y que alguien reúna aquí al pueblo de Cadmo, porque yo me ocuparé de todo. Con la ayuda del dios se hará evidente nuestra ventura, o nuestra derrota.

Sacerdote. –Levantémonos ya, hijos, pues hemos venido aquí por lo que él está anunciando. ¡Ojalá Febo, que envió estos oráculos, nos asista como salvador y termine con la enfermedad!

(Hace su entrada el Coro.)

Coro

Estrofa 1

Palabra de Zeus de dulce decir, ¿con qué espíritu acudiste de la dorada Pito a la ilustre Tebas?[11] Se hace tan

10. Véase Introducción, nota 9.

11. Pito es otro de los nombres de Delfos, por el dragón hembra llamado Pitón, al que venció Apolo. Por eso se denomina Pitio a Apolo y a su profetisa, la pitonisa.

tensa la angustia de mi corazón asustado que palpita de miedo. Dios Delio invocado con peanes y agudos gritos,[12] me estremezco ante ti. ¿Qué menester vas a exigirme? ¿Es esa cosa nueva o algo traído por las vueltas del tiempo? Dímelo, palabra inmortal, hija de la dorada esperanza.

Antistrofa 1.

Primero te invoco a ti, hija de Zeus, inmortal Atenea, y a tu hermana, señora de esta tierra, a Ártemis, que se asienta en el glorioso trono de la plaza circular, y a Apolo, el que hiere de lejos. ¡Los tres reunidos preséntense ante mí y protéjannos de la muerte! Antes, en la anterior ruina que se cernía sobre la ciudad, cumplieron en expulsar la llama de la desgracia. ¡Vengan también ahora![13]

Estrofa 2

¡Ay de mí! Soporto innumerables penas. El pueblo entero está enfermo, y no hay arma del pensamiento con que defenderse. No crecen los frutos de esa tierra famosa, ni sufren las mujeres los dolores quejumbrosos del parto, sino que puedes ver cómo se precipitan, como aves de buenas alas, con más fuerza que el fuego, hacia la orilla del dios del poniente.[14]

Antistrofa 2

La ciudad se destruye en sus miembros de modo innumerable. Sus hijos yacen sin piedad en el suelo, trayendo la muerte incompasible. Mientras tanto, esposas

12. Delio es epíteto de Apolo por su nacimiento en la isla de Delfos. Los peanes son, en este contexto, cantos de dolor.

13. Toda la antistrofa tiene el carácter de una invocación *apotropaica*, es decir, "que aleja los males".

14. Es decir, Hades, el dios de la muerte.

y madres en canas vienen de un lado y de otro, lanzan suplicantes los angustiosos gemidos de sus tristes penas. En virtud de estos males, dorada hija de Zeus, envía tu ayuda de agradable rostro.

Estrofa 3

El fiero Ares ahora me quema, aunque sin escudos,[15] y me sale al encuentro con grandes gritos. Pido que dé la vuelta en su carrera, en dirección opuesta a la de mi patria. ¡Que un viento lo lleve al tálamo de Anfitrita o al puerto inhóspito de los tracios, siempre agitado por las olas![16] Pues si la noche deja algo, a terminar con eso viene el día. ¡Padre Zeus! Tú, que ejerces el poder de relámpagos portadores de fuego, destrúyelo con el rayo.

Antistrofa 3

Soberano Liceo,[17] quisiera que tus flechas lanzadas por cuerdas trenzadas en oro se esparcieran tomando la delantera en la defensa y, con ellas, las antorchas llameantes de Ártemis, con las que corre por los montes de Licia. También invoco al de la mitra dorada, que da nombre a esta tierra, a Baco de rostro de vino, que acompaña a las ménades con gritos de evohé.[18] ¡Que acuda refulgente con su antorcha fogosa contra el dios odioso entre los dioses!

(Edipo se dirige al Coro.)

15. Ares tiene siempre el significado de "guerra", pero presenta en el texto un desplazamiento semántico en el sentido de "muerte". Por esto la aclaración "sin escudos".

16. Anfitrita es una ninfa de los mares, una nereida, de la que se enamoró Poseidón. En el texto representa al mar. Ares es muy popular entre los tracios, pueblo muy guerrero.

17. Epíteto de Apolo.

18. Se refiere a Dioniso, a quien se lo festeja con "gritos de evohé". Las mujeres enloquecidas de su séquito son las llamadas ménades o bacantes.

EDIPO. –Suplicas, y podrás obtener auxilio a tus súplicas y alivio de las desgracias, siempre que estés dispuesto a oírme y acoger mis palabras y colaborar en esta enfermedad. Voy a hablar como extranjero, ajeno al relato y ajeno al hecho. Pues no podré seguir mucho la pista, de no tener algún indicio. Pero como ahora me he convertido en un ciudadano entre los ciudadanos, el último en llegar, les diré a todos ustedes los cadmeos lo siguiente: a cualquiera de ustedes que sepa en manos de qué hombre murió Layo, el hijo de Lábdaco, le ordeno que me lo indique todo. Pero si teme la acusación [...][19] ¡que la aparte de sí mismo! Pues saldrá de esta ciudad a salvo. Y si alguien sabe que el autor es de otra tierra, ¡que no calle! Porque cumpliré con una recompensa, a la que se añadirá el agradecimiento. En cambio, si callan, sea por temor de un ser querido o por ustedes mismos, y no se ajustan a mis palabras, haré lo siguiente, y es menester que lo escuchen: prohíbo que a ese hombre –sea quien fuere– nadie lo reciba ni le dirija la palabra en esta tierra, cuyo poder y trono detento, ni comparta con él plegarias ni sacrificios a los dioses, ni lo haga partícipe en las aguas lustrales. Por el contrario, ordeno que todos lo echen de su casa como la mácula que es para nosotros, conforme a lo que el oráculo del dios Pítico nos acaba de manifestar.

Pues bien, de este modo me vuelvo un aliado, para la divinidad y para el muerto. Y maldigo al autor del hecho, sea uno el que se nos oculta, o varios. ¡Que el miserable se consuma entre desgracias en una vida de exclusión! Y añado este voto: si llego a tener conocimiento de que resulta ser alguno de aquellos con quien comparto mi hogar, ¡que padezca yo las mismas cosas que acabo de imprecar!

A ustedes les encargo que cumplan todo esto, en nom-

19. El texto presenta una laguna. Otras se señalarán de la misma manera.

bre de mí mismo y del dios, y de esta tierra que se consume estérilmente, tan desprovista de dioses. Ahora bien, aunque la actual empresa no fuese promovida por el dios, tampoco sería correcto que ustedes dejen la cosa así, sin purificación, cuando ha muerto un hombre excelente y rey de esta tierra. Por el contrario, habría que haber hecho una investigación exhaustiva.

Y ahora, puesto que yo soy el que se encuentra en el poder, en posesión de los mandos que tuvo aquél antes, en posesión de su lecho y de su mujer, que recibió simiente de ambos por igual... Incluso hubiéramos compartido la descendencia de hijos comunes, si su linaje no hubiese caído en desgracia. Pero sobre su cabeza se cernió la suerte aciaga... Por esta causa, voy a luchar como si se tratara de mi padre, y acudiré a todos los recursos buscando apresar al autor del asesinato, en honor del hijo de Lábdaco, descendiente de Polidoro y de su antepasado Cadmo, y del viejo Agenor.[20]

Y para los que no cumplan con lo dicho pido a los dioses no surja cosecha en sus tierras, ni hijos de sus mujeres, sino que perezcan por la calamidad actual o por una incluso peor. En cambio, a ustedes, los demás cadmeos, que aceptan de buen grado estas decisiones, que la Justicia[21] les sea solidaria y los demás dioses propicios por siempre.

Corifeo. –Del mismo modo en que tú me tocaste con tu maldición, soberano, así hablaré: yo no lo maté ni puedo indicar quién lo hizo. Pero correspondía a quien nos manda esta investigación, a Febo, decir quién lo ha hecho.

Edipo. –Hablas con justicia. Pero ningún hombre puede obligar a los dioses en lo que no quieren.

20. Se menciona todo el linaje de Layo.

21. Traducción de *Díke*, representación de la justicia divina.

CORIFEO. –Y, después de eso, te puedo decir, en segundo lugar, lo que creo.

EDIPO. –Y si hay un tercero, no dejes de hacerlo.

CORIFEO. –Yo sé que, como su señor Febo, el soberano Tiresias puede ver más que ningún otro. Si se le pregunta a él, se obtendrá un conocimiento certero, señor.

EDIPO. –Pero tampoco eso dejé sin hacer. Pues no bien habló Creonte, envié dos mensajeros. Y me asombra que no esté presente hace rato.

CORIFEO. –Y, en verdad, las demás cosas que se dicen son confusas, viejas historias.

EDIPO. –Pero ¿cuáles son? Pues yo examino todas las versiones.

CORIFEO. –Se dijo que murió por mano de unos caminantes.

EDIPO. –También lo oí yo. Pero nadie conoce al que lo vio.

CORIFEO. –Pero si tenía aún algo de miedo, ahora no lo podrá soportar, después de oír tus maldiciones.

EDIPO. –Quien no tiene miedo al obrar, tampoco teme a las palabras.

(Entra Tiresias conducido por un muchacho.)

CORO. –Pero aquí se presenta el que lo puede rebatir. Pues ya traen aquí al divino adivino, el único entre los hombres a quien la verdad es connatural.

EDIPO. –¡Tiresias, tú que dominas todas las cosas, las enseñables y las secretas, las celestes y las terrenales! Aunque no ves, de todos modos sabes con qué terrible enfermedad convive nuestra tierra. A ti solo, señor, te encontramos como protector y salvador de ella. Pues, si no has oído mensajeros, Febo contestó a nuestros enviados que la única liberación de esta enfermedad sólo puede llegar una vez que conozcamos a los asesinos de Layo y les demos muerte o los desterremos del país. De modo que tú no nos rehúses las palabras de las aves o

algún otro método de adivinación que puedas tener.[22] Límpiate a ti mismo y a la ciudad, y límpiame a mí, limpia toda la mancha del crimen. Estamos en tus manos. Que un hombre preste servicio con lo que tiene y puede es la más bella de las tareas.

TIRESIAS. –¡Ay! ¡Ay! ¡Qué terrible es tener conocimiento, cuando no soluciona nada al que lo tiene! Y bien lo sabía yo. Pero me olvidé, pues de lo contrario no hubiera venido aquí.

EDIPO. –¿Qué ocurre? ¡Qué desanimado llegaste!

TIRESIAS. –Déjame volver a casa. Con más facilidad llevarás lo tuyo, y yo lo mío, si me haces caso.

EDIPO. –No hablas con justicia ni de modo grato para esta ciudad que te crió, si la privas de esta respuesta.

TIRESIAS. –Pues veo que, en lo que te toca a ti, tus palabras no marchan por vía oportuna, y no quiero que me pase lo mismo.

(Hace un movimiento para retirarse.)

EDIPO. –¡Por los dioses! ¡No nos vuelvas la espalda, si efectivamente sabes algo! Pues aquí nos tienes a todos, postrados ante ti como suplicantes.

TIRESIAS. –Pues todos ustedes no entienden nada. Jamás revelaré mis males, por no decir los tuyos.

EDIPO. –¿Qué estás diciendo? ¿De manera que sabiéndolo no lo dirás, sino que piensas traicionarnos y destruir la ciudad?

TIRESIAS. –Para no causar dolor, ni a mí ni a ti mismo. ¿Por qué me indagas así? Por mí no te enterarás.

EDIPO. –¡Maldito entre los malditos, que harías enojar incluso a una piedra! ¡¿No hablarás de una vez, o te mostrarás así de inexorable, y no llegaremos a ninguna parte?!

22. Existían diversos métodos adivinatorios o mánticos: por medio del vuelo de las aves o del estado de sus entrañas, entre otros.

TIRESIAS. –El enojo que me reprochas no percibes que habita en ti de igual manera, y por eso me censuras.

EDIPO. –Pero ¿quién no se enojaría al escuchar tales palabras con las que tú ahora desprecias a esta ciudad?

TIRESIAS. –Las cosas vendrán por sí mismas, aunque yo las cubra con silencio.

EDIPO. –¿Y no tienes justamente que decirme lo que vendrá?

TIRESIAS. –No lo explicaré más allá de este punto. Frente a esto, si quieres, enójate con la ira más salvaje.

EDIPO. –Y, en verdad, con la cólera que siento no dejaré de lado nada de lo que pienso. Sabe, pues, que me parece que has colaborado en el crimen y lo has llevado a cabo, excepto en perpetrarlo con tus manos. Y si acaso vieras, diría que el asunto es sólo tuyo.

TIRESIAS. –¿En verdad? Yo te insto a que permanezcas fiel al edicto que proclamaste, y desde este día de hoy no nos dirijas ya la palabra, ni a éstos ni a mí, porque tú eres el impío que mancha esta tierra.

EDIPO. –¿Con tanta desvergüenza das rienda suelta a estas palabras? ¿Y cómo crees que te liberarás de esto?

TIRESIAS. –Ya estoy libre, pues alimento el vigor de la verdad.

EDIPO. –¿Por quién fuiste instruido? No será por tu arte...

TIRESIAS. –Por ti, que me obligaste a hablar contra mi voluntad.

EDIPO. –¿Qué palabras? Dilas de nuevo, para entenderlo mejor.

TIRESIAS. –¿No lo has entendido antes? ¿O intentas hacerme hablar?

EDIPO. –No lo suficiente como para decir que me es sabido. Vamos, explícalo de nuevo.

TIRESIAS. –Digo que tú eres el asesino del hombre, el mismo que buscas atrapar.

EDIPO. –¡No te será grato decir oprobios por segunda vez!

TIRESIAS. –¿No quieres que diga alguna otra cosa, para que te enojes más?

EDIPO. –Todo lo que quieras, pues será dicho en vano.

TIRESIAS. –Afirmo que, sin que te des cuenta, tienes la unión más vergonzosa con tus seres más queridos, y no adviertes hasta qué punto te encuentras en desgracia.

EDIPO. –¿Acaso crees que vas a seguir hablando así alegremente?

TIRESIAS. –Sí, si existe alguna fuerza en la verdad.

EDIPO. –Claro que existe, menos para ti. Tú no la tienes. Eres ciego de oídos, de mente y de ojos.

TIRESIAS. –Y tú eres un pobre desgraciado. Me lanzas reproches que pronto todos lanzarán contra ti.

EDIPO. –Vives en noche continua, y no puedes dañar a nadie que vea la luz, ni a mí ni a otro.

TIRESIAS. –Tu destino no es caer por obra mía, pues para eso es suficiente Apolo. A él le toca llevarlo a cabo.

EDIPO. –¿Son de Creonte estos inventos? ¿O de quién?

TIRESIAS. –Creonte no es para ti ningún pesar, sino tú mismo.

EDIPO. –¡Oh, riqueza, poder y saber, que a todo saber superan en esta vida llena de encono! ¡Cuánta es la envidia que se guarda entre ustedes, si justamente a causa de este poder de mando –que la ciudad me asignó como un don, sin pedirlo yo– el fiel Creonte, amigo desde el principio, arde ahora en deseos de echarme y acecha a escondidas por lo bajo, sobornando a este hechicero tramposo, engañoso charlatán, que sólo tiene ojos para las ganancias, pero es ciego de nacimiento en su arte! Vamos, dime, ¿en qué eres un claro adivino? ¿Cómo no pronunciaste alguna palabra liberadora para estos ciudadanos, cuando estaba aquí la perra cantora?[23] Pues, en verdad, resolver el enigma no era para un hombre

23. Alusión a la Esfinge, véase Apéndice.

cualquiera, sino que requería arte adivinatorio. Y quedó demostrado que tú no lo poseías, ni por medio de los pájaros ni por conocimiento tomado de alguno de los dioses. Pero entonces llegué yo, Edipo, el que nada sabe, y terminé con ella. Acerté con la inteligencia, sin ayuda de los pájaros. Y ahora me intentas sacar del camino con la intención de sentarte al lado del trono de Creonte. Con llantos harán la purificación de la mancha, tú y el que te acompaña en esto. Y si no tuviese en cuenta que eres anciano, con padecimientos, llegarías a conocer qué sabiduría tienes en verdad.

CORO. –A nuestro modo de ver, el impulso de la ira los ha llevado a pronunciar estas palabras, tanto a éste como a ti, Edipo. Y la situación no requiere tales cosas, sino poner la mira en resolver los oráculos del dios, de la mejor manera.

TIRESIAS. –Aunque tú tienes el mando, se debe otorgar la misma posibilidad de responder. En esto yo también tengo poder. Pues no vivo sometido a ti sino a Loxias,[24] de modo que no voy a ser inscripto como seguidor de Creonte.

Ahora bien, puesto que me echaste en cara que soy ciego, te digo: tú, aunque posees visión, no ves en qué punto de desgracia te encuentras, ni dónde vives, ni con quién compartes el techo. ¿Acaso sabes de quién eres hijo? También te pasa inadvertido que eres odioso para los tuyos, tanto para los de allí abajo como para los de arriba de la tierra. Y la maldición que por ambos lados te azota, por tu madre y por tu padre, te arrojará un día con pie terrible lejos de este país. Tú que ahora ves correctamente, tendrás entonces sólo oscuridad. ¿Y cuál será el solaz de tus gritos? ¿Qué Citerón[25] acompañará

24. Epíteto de Apolo que significa "oblicuo", en alusión al lenguaje oscuro de los oráculos.

25. Citerón es el nombre del monte de Tebas al que fue arrojado Edipo

tu voz, cuando adviertas el inabordable casamiento en el que anclaste, después de haber logrado tan buena travesía? Por lo demás, tampoco te das cuenta de la cantidad de otros males que te igualarán a tus hijos. Después de esto, ¡maldice a Creonte y a mi boca, que no hay entre los mortales quien vaya a consumirse de peor modo que tú!

EDIPO. —Acaso es soportable oír estas cosas de parte de ése? ¿No te vas de una vez? ¡Muérete! ¡Lo más pronto posible! ¿No te irás de esta casa por donde viniste?

TIRESIAS. —Yo no hubiera venido aquí, si no me hubieses llamado.

EDIPO. —No sabía que ibas a decir tantas locuras, porque, si no, difícilmente te hubiese hecho venir.

TIRESIAS. —Así soy yo: loco en lo que a ti te parece, pero sensato para los que te engendraron.

EDIPO. —¿Para quiénes? Aguarda. ¿Qué mortal me dio el ser?

TIRESIAS. —Este día te hará nacer y morir.

EDIPO. —¡Cómo dices todo de manera tan enigmática e incierta!

TIRESIAS. —¿Acaso no eras tú el mejor para solucionar estas cosas?

EDIPO. —Insúltame justamente en lo que descubres mi grandeza.

TIRESIAS. —Es precisamente esa fortuna la que te perdió.

EDIPO. —Si salvo a la ciudad, eso no me preocupa.

TIRESIAS. —Entonces me voy. Tú, niño, condúceme.

EDIPO. —Sí, que se lo lleven ya, porque tu presencia es un impedimento molesto. Una vez lejos, no causarás más dolor.

TIRESIAS. —Me voy porque ya dije lo que me ha traído, no por temor a tu rostro. Pues no está en tus manos

para su perdición. Pero allí fue salvado. Véanse, por ejemplo, vv. 1089, 1127.

mi perdición. Y te digo: ese hombre que hace tiempo buscas con amenazas y proclamas por el asesinato de Layo se encuentra aquí. Es extranjero residente, según se dice. Pero pronto saldrá a la luz que es tebano, y no se complacerá con tal circunstancia. Pues ciego, cuando antes tenía vista, y pobre, en lugar de rico, se marchará apoyando su bastón en tierra extranjera. Se hará manifiesto que él mismo es hermano y padre de sus propios hijos, e hijo y marido de la mujer que lo engendró, y asesino de su padre, con el que compartió mujer. Y ahora dirígete adentro y reflexiona sobre estas cosas. Y si encuentras algo falso, puedes decir que yo no sé nada con mi arte.

CORO
Estrofa 1

¿Quién es el hombre al que la piedra délfica, de palabra divina, señaló con su voz, el que ha llevado a cabo hechos indecibles con manos cargadas de sangre? Es hora de que ponga el pie en fuga con más brío que el de los caballos tempestuosos. Pues contra él se apresta el hijo de Zeus, armado con fuego y relámpagos, y lo siguen las terribles Ceres, que no yerran el golpe.[26]

Antistrofa 1

Desde el nevado Parnaso[27] ya fulguró, recién manifiesta, la voz que llama a rastrear por doquier al hombre desconocido. Él vaga por el agreste bosque de un lado a otro, por las grutas y las piedras, como un toro. Infeliz se aparta con paso funesto, pues intenta escapar de los oráculos del ombligo de la tierra.[28] Mas éstos, siempre vivos, revolotean en torno suyo.

26. Representaciones femeninas de la muerte, en griego *Keres*.
27. Famoso monte cercano al oráculo de Delfos.
28. Así era llamada Delfos: "ombligo de la tierra", *umbilicus mundi*.

Estrofa 2

En verdad, es terrible cómo me perturba ahora el sabio adivino. En verdad, es terrible. Son cosas que no puedo aseverar ni negar. No sé qué decir. Y vuelo entre esperanzas, sin mirar las cosas actuales ni las que hay atrás. Pues qué motivo de discordia hay para los Labdácidas y el hijo de Pólibo,[29] yo no lo sé, ni contra la fama pública de Edipo, auxilio de los Labdácidas en muertes oscuras.

Antistrofa 2

En verdad, Zeus y Apolo tienen conciencia y conocimiento de las cosas mortales. Ahora bien, que uno de los hombres tenga más peso que yo, porque es adivino, éste no es un criterio certero. Un mortal puede contraponer sabiduría a sabiduría. Pero yo jamás, hasta ver con mis ojos que la palabra es correcta, afirmaré las acusaciones. Pues en aquella oportunidad la doncella alada[30] se hizo visible contra él, y en la prueba se vio que era sabio y grato a la ciudad. Por eso, en mi sentimiento jamás será culpable de vileza.

(Entra Creonte.)

Creonte. –Ciudadanos, enterado de que el rey Edipo me ha acusado con palabras terribles, me hago presente, porque no puedo soportarlo. Si en las desgracias actuales él considera que ha sufrido algo de mi parte, en palabras o en acciones, que le reporte perjuicio, no hay en mí deseo de una vida larga, si tengo que soportar una injuria tal. Pues no me causa un daño pequeño, sino uno enorme. Si soy considerado un ser vil en la ciudad, seré vil también para ti y para los más queridos.

29. Pólibo es el nombre del rey de Corinto, supuesto padre de Edipo. Los Labdácidas son los descendientes de Lábdaco, el padre de Layo.

30. Otra manera de referirse a la Esfinge, véase Apéndice.

CORIFEO. –Pero esta injuria se produjo en la violencia de la cólera, no surgió de un pensamiento.

CREONTE. –Manifestó claramente con su palabra que el adivino dijo falsedades para obedecer mis designios.

CORIFEO. –Dijo eso, en verdad. Pero no sé con qué pensamiento.

CREONTE. –¿Acaso proviene de una mirada correcta y de un correcto sentimiento esa acusación que hizo contra mí?

CORIFEO. –Yo no lo sé, pues no llego a atisbar lo que hacen los poderosos. Pero ahí está en persona, saliendo del palacio.

(Entra Edipo en escena.)

EDIPO. –¡Tú! ¿Cómo has venido aquí? ¿Tienes tanta cara de audacia como para venir a esta casa, cuando eres evidentemente el asesino de ese hombre y un ladrón manifiesto de mi poder? Pero, dime, ¡por los dioses! ¿Viste en mí algún tipo de cobardía o locura que te determinó a hacer estas cosas? ¿Creías que no me iba a dar cuenta de que tu acción se arrastraba entre trampas o que no me iba a defender, una vez enterado? ¿Pero no es, en verdad, una locura este intento tuyo? ¿Sin el pueblo y sin amigos aliados tomar el poder real, lo que se hace con la gente y con riquezas?

CREONTE. –¿Sabes qué has de hacer? Ante las cosas dichas, escucha a tu vez de igual modo, y luego juzga, tras enterarte por ti mismo.

EDIPO. –Bueno eres para hablar, y yo malo para comprenderte, pues sé que me eres malévolo y pesado.

CREONTE. –Pero escucha primero qué voy a decir.

EDIPO. –Pero no me digas que no eres un ser vil.

CREONTE. –Si en verdad consideras un bien la presunción desprovista de inteligencia, no razonas correctamente.

EDIPO. –Si en verdad consideras que al causar daño

a un familiar no pagarás la pena, no razonas correctamente.

CREONTE. –Coincido contigo. En este punto has hablado con justicia. Pero enséñame cuál es ese padecer que afirmas haber sufrido.

EDIPO. –¿Me querías convencer o no de que había que enviar a alguien a buscar al venerado adivino?

CREONTE. –Y aún ahora doy el mismo consejo.

EDIPO. –¿Cuánto hace ya que Layo...?

CREONTE. –¿Qué cosa ha hecho? Pues no entiendo.

EDIPO. –¿Se perdió por mano asesina, sin ser visto?

CREONTE. –Son muchos los años de antigüedad que pueden contarse.

EDIPO. –¿Pero en aquel tiempo estaba ese adivino con su arte?

CREONTE. –Era idénticamente sabio, y respetado por igual.

EDIPO. –¿Dijo algo de mí en ese momento?

CREONTE. –De ningún modo, al menos no cuando yo estaba presente.

EDIPO. –¿Pero no tuvieron ustedes una indagación respecto del muerto?

CREONTE. –La tuvimos, ¿cómo no? Pero no obtuvimos noticia.

EDIPO. –Entonces, ¿cómo no dijo estas mismas cosas ese sabio en aquel momento?

CREONTE. –No lo sé. Y en lo que no entiendo prefiero callar.

EDIPO. –Pero sabes bastante y puedes hablar con conocimiento.

CREONTE. –¿Qué cosa? Pues si lo sé, no me voy a negar.

EDIPO. –Que, si no lo hubiese convenido contigo, jamás hubiera dicho que la perdición de Layo fue por mi causa.

CREONTE. –Si dice esas cosas, tú eres quien lo sabe. Y considero justo enterarme por ti, como tú recién por mí.

EDIPO. –¡Indaga!, que no seré hallado asesino.

CREONTE. –¿Pero qué ocurre? ¿No estás casado con mi hermana?

EDIPO. –No es posible negar lo que preguntas.

CREONTE. –¿Y gobiernas este país y lo administras con idéntico poder que ella?

EDIPO. –Ella consigue de mí todo lo que quiere.

CREONTE. –¿No es verdad que yo me igualo a ustedes dos, en tercer lugar?

EDIPO. –Y justamente por eso resultas un mal amigo.

CREONTE. –No, si me dieras la palabra como yo hice contigo. Piensa esto en primer lugar: ¿te parece que alguien va a elegir gobernar entre miedos antes que dormir tranquilo, teniendo los mismos poderes? Pues, en verdad, no está en mi deseo ser rey, sino obrar con poder real, como lo quiere cualquier otra persona que sepa razonar. Y, realmente, ahora consigo todo de ti, sin temor. Pero si yo gobernase, tendría que hacer muchas cosas contra mi voluntad ¿Cómo va a ser más grato ser rey que tener poder y dominio sin aflicciones? Aún no estoy tan engañado como para buscar otra cosa fuera de bienes que conlleven ganancias. Ahora todo me es gozoso, todos me aprecian. Los que necesitan algo de ti me alaban, pues en esto reside para ellos el conseguir todo. Entonces, ¿cómo voy a querer tomar aquello, dejando de lado esto? No puede resultar vil una mente que razona bien. De manera que no me gusta ese modo de pensar, ni toleraría estar junto a alguien que obre así. Y como prueba de esto ve a Pito y averigua los oráculos, para ver si te los transmití con precisión. Y además esto: si encuentras que yo planeé algo en común con el augur, no me condenes a muerte con un solo voto, sino al menos toma dos, el tuyo y el mío. No me hagas culpable sin otro consejo, a causa de una sospecha incierta. Pues no es justo considerar en vano dignos a los malvados, ni tampoco malvados a los dignos. Rechazar a un amigo honra-

do es igual –lo afirmo– que desestimar la propia vida, lo que más se quiere. Y con el tiempo te darás cuenta de esto con certeza, porque sólo el tiempo muestra al hombre justo. Pero al malvado basta un día para conocerlo.

CORIFEO. –Habló bien, señor, para quien se precave de caer en error. Pues los apurados no tienen pensamiento firme.

EDIPO. –Pero cuando alguien trama un plan y se mueve con rapidez, exige que también yo delibere con velocidad. Si aguardo serenamente, pronto estarán cumplidos sus designios y los míos, frustrados.

CREONTE. –Pero, en verdad, ¿qué quieres? ¿Acaso echarme de esta tierra?

EDIPO. –En absoluto. Quiero que mueras, no que huyas.

CREONTE. –Cuando pruebes cuál es el daño [...].

EDIPO. –¿De modo que no me obedecerás ni confiarás?

CREONTE. –No veo que pienses con sensatez.

EDIPO. –Sí, en lo que me toca.

CREONTE. –Pero también tienes que hacerlo en lo mío.

EDIPO. –Pero eres un ser vil.

CREONTE. –¿Y si es que tú no entiendes nada?

EDIPO. –Igual hay que adecuarse.

CREONTE. –No al que gobierna mal.

EDIPO. –¡Oh, ciudad, ciudad!

CREONTE. –También a mí me importa la ciudad, y no a ti solo.

CORIFEO. –¡Deténganse, señores! Veo que en este preciso momento sale del palacio Yocasta. Con ella hay que dirimir la discordia que ahora estamos presenciando.

(Yocasta entra en escena)

YOCASTA. –¡Desgraciados! ¿Por qué produjeron esta discusión irreflexiva? Cuando tanto sufre esta tierra, ¿no

se avergüenzan de poner en juego las malevolencias personales? ¿No te irás tú al palacio, y tú, Creonte, a tu casa para no hacer de esta situación, que no es de ningún daño, un asunto importante?

CREONTE. –Hermana de mi misma sangre, tu esposo Edipo sentencia que hará cosas terribles contra mí. Se debate entre estos dos males: o arrojarme fuera de la tierra patria o apresarme y matarme.

EDIPO. –Y lo afirmo. Pues he hallado, mujer, que está obrando de modo inicuo contra mi persona, con un ardid perverso.

CREONTE. –¡Que yo no sea feliz, sino que muera maldito, si te he hecho algo de lo que me inculpas!

YOCASTA. –¡Por los dioses! Edipo, ten confianza en esto que está diciendo, en especial, por respeto al juramento que ha hecho en nombre de los dioses, y también por mí y por los que están contigo.

CORIFEO. –Obedece con tu voluntad y tu prudencia. ¡Te lo ruego, señor!

EDIPO. –¿Qué quieres que conceda?

CORIFEO. –Que respetes al que nunca fue necio y ahora jura con grandeza.

EDIPO. –¿Sabes bien lo que pides?

CORIFEO. –Lo sé.

EDIPO. –Dilo entonces. ¿Qué quieres?

CORIFEO. –Que jamás deshonres con palabras a un pariente consagrado por una causa no esclarecida.

EDIPO. –Pero entiéndelo bien: si esto persigues, me estás buscando la ruina o el exilio de esta tierra.

CORIFEO. –¡No, por el dios propiamente entre todos, el Sol! ¡Que muera yo privado de dioses y de amigos, de la peor manera, si tengo este pensamiento! Pero, desdichado de mí, esta tierra que se consume destroza mi alma, si a los males ya existentes se añaden los de ustedes dos.

EDIPO. –Bien, que se vaya éste, aunque yo en última instancia tenga que morir o ser echado violentamente

de esta tierra, con deshonra. Pero me apiado por tu palabra, digna de lástima, y no por él, pues lo aborreceré donde se encuentre.

CREONTE. –Es notorio que cedes lleno de odio. Pero estarás apesadumbrado, cuando termines con el furor. Las naturalezas como la tuya son justamente las que más sufren, al soportarse a sí mismas.

EDIPO. –¿Pero no me dejarás de una vez y te irás fuera?

CREONTE. –Me iré, aunque te resulto irreconocible. Pero para éstos no he cambiado.

(Se va Creonte.)

CORIFEO. –Mujer, ¿qué esperas para llevarlo dentro del palacio?

YOCASTA. –Saber cuál es la situación.

CORIFEO. –Sobrevino una sospecha, de palabras ignorantes. Y causa dolor lo que no es justo.

YOCASTA. –¿De parte de ambos?

CORIFEO. –Sí.

YOCASTA. –¿Y qué se decía?

CORIFEO. –¡Basta! Me resulta suficiente, cuando esta tierra está sufriendo. Que la cuestión quede allí, donde se detuvo.

EDIPO. –¿Ves dónde has llegado, aunque eres hombre de buena intención? Dejaste de lado lo mío y confundiste tus sentimientos.

CORIFEO. –Señor, no te lo dije una sola vez. Sabe bien que me comportaría como alguien fuera de sus cabales, inepto para razonar, si me apartara de ti. Pues fuiste tú justamente quien impulsó a mi querida tierra por rumbo recto, cuando se encontraba a la deriva entre desgracias. ¡Que también ahora seas nuevamente un buen guía!

YOCASTA. –¡Por los dioses! Señor, enséñame también a mí cuál es el asunto que te ha hecho tener semejante enojo.

EDIPO. –Hablaré. Pues a ti, mujer, te venero más que a éstos. Ha sido por Creonte. ¡Qué plan ha ideado contra mí!

YOCASTA. –Dímelo, si vas a contar claramente el punto de la discordia.

EDIPO. –Afirma que yo soy el asesino de Layo.

YOCASTA. –¿Lo dice por conocimiento propio o se enteró por otro?

EDIPO. –Envió a un adivino malhechor. En lo que toca a su persona queda totalmente libre.

YOCASTA. –Entonces, tú libérate a ti mismo de lo que dices. Escúchame, para que aprendas que, en lo que te concierne, nada de lo humano es partícipe del arte adivinatorio. Y te revelaré pruebas concisas.

Una vez vino a Layo un oráculo. No diré que de parte de Febo mismo, pero sí de sus servidores. Afirmaba que le iba a llegar el destino de morir por obra de su hijo, el que naciera de mí y de él. Y en realidad, según se ha contado, lo asesinaron unos bandidos extranjeros en la encrucijada de tres caminos. Y, respecto del niño, no habían transcurrido tres días de su nacimiento, cuando le ató las articulaciones de los pies[31] y lo arrojó por mano de otros a un monte inaccesible. Y, de este modo, Apolo no cumplió que llegara a ser el asesino de su padre, ni que Layo padeciera el mal que temía de parte de su hijo. Tales fueron afirmaciones de los oráculos. De modo que para nada te preocupes de estas cosas. Pues aquello en lo que el dios encuentra utilidad él mismo se ocupa de ponerlo fácilmente al descubierto.

EDIPO. –Al escucharte recién, mujer, ¡qué delirio del alma me ha sobrecogido y qué revolución de mis sentimientos!

YOCASTA. –¿Cuál es la pena a la que te ha remontado esto, según dices?

31. De allí el nombre de Edipo; que significa "el de pies hinchados", como se señala en el v. 1032.

Edipo. –Me pareció escuchar que Layo fue muerto en una encrucijada de tres caminos.

Yocasta. –Pues eso fue lo que se dijo, y no se ha dejado de decir.

Edipo. –¿Dónde está el lugar en donde ocurrió esta desgracia?

Yocasta. –Fóside se llama esa tierra. Allí se reúnen los caminos que vienen de Delfos y de Daulia.

Edipo. –¿Y cuánto tiempo pasó desde entonces?

Yocasta. –Un poco antes de que tú llegaras a detentar el poder de esta tierra, se anunció a la ciudad estas cosas.

Edipo. –¡Ay, Zeus! ¿¡Qué tienes pensado hacer conmigo!?

Yocasta. –¿Qué hay en tu ánimo, Edipo?

Edipo. –Todavía no me hagas preguntas. Cuéntame: ¿cómo era la apariencia física de Layo? ¿Qué edad tenía?

Yocasta. –Era robusto, con los cabellos recién encanecidos. Y no se alejaba mucho de tu aspecto.

Edipo. –¡Ay, infeliz de mí! Me parece que he arrojado sobre mí mismo terribles maldiciones sin saberlo.

Yocasta. –¿Cómo dices? Siento miedo, señor, de dirigirte la mirada.

Edipo. –Me desanimo terriblemente. Puede que el adivino tenga realmente visión. Y tú lo mostrarás mejor si dices una cosa más.

Yocasta. –Aun cuando siento miedo, contestaré lo que preguntes, si lo sé.

Edipo. –¿Viajaba con poca escolta o con muchos guardias como corresponde a un rey?

Yocasta. –Eran cinco en total. Uno de ellos un heraldo. Layo viajaba con un solo carro.

Edipo. –¡Ay, ay! Esto ya está claro. ¿Quién fue el que en ese momento les contó a ustedes las noticias, mujer?

Yocasta. –Vino un servidor, el único que se salvó.

Edipo. –¿Por casualidad, no está ahora en el palacio?

YOCASTA. –Ya no. Pues cuando volvió de allí y te vio a ti en el poder y a Layo muerto, me suplicó, tomándome la mano, que lo enviara al campo, al pastoreo de rebaños, para estar totalmente lejos de la vista de esta ciudad. Y así lo hice, pues merecía obtener este favor y mucho más, por lo buen servidor que era.

EDIPO. –¿Cómo hacerlo venir rápidamente de nuevo aquí ante nosotros?

YOCASTA. –Es posible. Pero ¿para qué mandas eso?

EDIPO. –Temo por mí mismo, mujer. Puedo haber hablado de más. Por eso, ahora quiero verlo.

YOCASTA. –Bien, él vendrá. Pero también soy yo digna de saber qué te está afligiendo, señor.

EDIPO. –Y no serás privada de ello, si justamente he llegado a tal punto en mis expectativas. Pues, ¿a quién mejor que a ti podría hablar cuando estoy pasando por esta circunstancia?

Mi padre era Pólibo, corintio, y mi madre la doria Mérope. Yo era tenido por el hombre más importante de los de allí, hasta que tuvo lugar este suceso, digno de asombro. Pero, ciertamente, no merecía la atención que le di. En un banquete un hombre completamente ebrio dijo, llevado por el vino, que yo no era el verdadero hijo de mi padre. Entonces quedé apesadumbrado y apenas me contuve aquel día. Al siguiente me dirigí ante mi padre y mi madre, y los interrogué. A ellos les pareció intolerable el ultraje y se indignaron con quien lanzó esa palabra. Por mi parte, aunque me dio gozo su actitud, de todos modos aquello me siguió perturbando continuamente. Pues me había tocado en lo hondo. De modo que a ocultas de mi padre me dirigí a Delfos, pero Febo me despidió por considerarme indigno de lo que yo pedía. Y en su lugar me anunció otros pesares, cosas terribles y desgraciadas: que copularía con mi madre, traería al mundo una descendencia insoportable para la mirada de los hombres y me convertiría en el asesino del padre que me engendró. Entonces al oír estas cosas,

calculando el camino de las estrellas, huí enseguida de la tierra Corintia, hacia donde nunca viera cumplirse las atrocidades de mis males oráculos. Y en mi marcha llegué al lugar en donde dices que murió el rey. Y te diré la verdad, mujer. Cuando llegué caminando cerca de la encrucijada de los tres caminos, me salieron al encuentro un heraldo y un hombre, como tú describes, sobre un carro tirado por potros. Entonces, el conductor y el mismo anciano me empujaron con violencia fuera del camino. Yo golpeé con ira al cochero que me apartó. Pero cuando el anciano me vio esperó a que pasara junto al carro y me dio en el medio de la cabeza con la pica de doble punta. Y, en verdad, lo pagó con creces: de inmediato, con esta mano le di un bastonazo, y cayó rodando hacia atrás desde el carro. Quedó tendido. Maté a todos. De modo que si a este extraño corresponde alguna conexión con Layo, ¿qué hombre podrá ser más infeliz que éste que ahora está junto a ti? ¿Quién puede llegar a un destino más odioso, si no le es dado ser recibido en la casa de ninguno de los extranjeros ni de los ciudadanos, nadie puede dirigirle la palabra y hay que arrojarlo de los hogares? Nadie más que yo he lanzado sobre mí mismo estas maldiciones. Y, además, ensucio el lecho del muerto con las dos manos que lo mataron. ¿No soy un ser vil de nacimiento? ¿No soy por completo impuro? Si tengo que ser exiliado, no me es posible ver a los míos ni poner pie en mi patria, o estaré forzado a unirme con mi madre y matar a mi padre Pólibo, que me crió y me engendró. ¿No sería correcto considerar que todo esto cae sobre este hombre por obra de una divinidad cruel? ¡No, por favor! ¡No, sagrada piedad de los dioses! ¡Que no vea yo ese día, sino que desaparezca de los mortales antes de ver llegar sobre mí esta infancia cargada de desgracia!

Coro. –En verdad, nos parecen dignas de temor estas cosas. Pero conserva la esperanza, hasta que te enteres de parte del que estuvo presente.

EDIPO. –Y, por cierto, toda la esperanza que me queda reside sólo en aguardar a este hombre, el pastor.

YOCASTA. –¿Pero cuál es la expectativa de que aparezca?

EDIPO. –Te lo explicaré. Si se descubre que afirma lo mismo que tú, yo puedo quedar libre de desgracia.

YOCASTA. –¿Y qué había de extraordinario en las palabras que me escuchaste?

EDIPO. –Dijiste que él relató que lo habían matado unos ladrones. Si, en efecto, él habla del mismo número, yo no lo maté. Pues un hombre no es lo mismo que muchos. Pero si, por el contrario, habla claramente de uno solo, de un hombre solitario, en ese caso el hecho me corresponde a mí.

YOCASTA. –Pero, sabe bien que así se manifestó la noticia, y no le es posible ahora decirlo de otra manera. Pues lo escuchó la ciudad, no yo sola. Pero incluso si se apartara del relato anterior, tampoco mostrará de este modo que la muerte de Layo ocurrió del modo adecuado, tal como Loxias había expresado que iba a morir en manos de mi hijo. Pues, en verdad, ¡el desventurado jamás pudo matarlo, porque pereció! Por lo tanto, en lo que se refiere a la adivinación, no puedo dirigir mi mirada ni a un lado ni a otro.

EDIPO. –Consideras bien el asunto. Pero, de todos modos, no dejes de enviar cuanto antes a alguien que traiga al labriego.

YOCASTA. –Lo haré de inmediato. Pero entremos al palacio. Nada puedo hacer yo que no te sea grato.

CORO

Estrofa 1

¡Ojalá me tocara el destino de llevar en mí la pureza de lo sagrado en todas mis palabras y acciones! Para ellas se han preestablecido leyes de alto pie[32] nacidas en

32. Mantenemos la traducción literal para conservar el juego de pala-

el éter celeste, cuyo único padre es el Olimpo. Ninguna naturaleza humana las engendró y jamás el olvido las adormecerá. Pues el dios que hay en ellas es poderoso y no envejece.

Antistrofa 1

La soberbia engendra al tirano.[33] La soberbia se llena de muchas cosas en vano, que no son oportunas ni convenientes, y sube hasta el punto más alto para precipitarse en el abismo de la fatalidad, donde no puede hacer pie. En cambio, pido al dios que nunca haga cesar la lucha que conviene a la ciudad. Yo no abandonaré jamás a la divinidad que me protege.

Estrofa 2

Si alguien se conduce de manera arrogante en sus actos o palabras, sin temor de la Justicia ni respeto de las moradas de los dioses, ¡que lo alcance un destino funesto, en virtud de su infausta soberbia! Si no obtiene sus ganancias dignamente y no se aparta de las cosas impuras, o toca en su insensatez lo intocable, ¿qué hombre puede ufanarse en este caso de defender su alma de los dardos de los dioses? Y si tales acciones son respetadas, ¿para qué voy a participar en los coros sagrados?[34]

Antistrofa 2

Ya no volveré a ir con veneración al sagrado ombligo

---

bras hecho con el término "pie". Para este problema, véase Introducción, nota 9.

33. "Soberbia" es la traducción de la importante palabra *hybris*, traducida también por "desmesura", "arrogancia" o "insolencia". Todo el Coro plantea el problema del exceso irrespetuoso del ser humano. Véase Introducción.

34. Los coros dedicados a los dioses como símbolo de todo culto ritual religioso.

de la tierra ni al templo de Abas, tampoco a Olimpia,[35] si estas cosas no quedan bien ajustadas, como han sido señaladas, para todos los mortales. Pero, poderoso Zeus, si eres llamado así con rectitud, soberano de todas las cosas, que esto no pase desapercibido para ti ni para tu poder, por siempre inmortal. Pues se dejan de lado los antiguos oráculos de Layo, marchitos, y en ninguna parte Apolo brilla con honores. ¡Las cosas divinas se están perdiendo!

(Sale Yocasta del palacio.)

YOCASTA. –Soberanos del país, se me presentó la idea de acudir a los templos de los dioses con estas coronas y sahumerios en las manos. Pues Edipo deja que su ánimo se alce demasiado por aflicciones de todo tipo, y no evalúa como un hombre sensato los sucesos nuevos por medio de los antiguos, sino que está a disposición de quien le hable, si le habla de temores. Y como con mis consejos no produzco nada, llego como suplicante a ti, Apolo Licio, pues eres el más próximo. Vengo con estos votos, para que nos procures una liberación purificadora, porque ahora todos sentimos temor, al ver perturbado a quien es piloto de la nave.

(Entra en escena un mensajero.)

MENSAJERO. –¿Puedo saber por ustedes, señores, dónde está la palabra del rey Edipo? O mejor díganme, si saben, dónde se encuentra él.

CORO. –Aquí está su casa, y él está dentro, extranjero. Ésta es su mujer y madre de sus hijos.

35. Famosos lugares de culto. El templo de Abas está dedicado a Apolo. Véase n. 27.

MENSAJERO. –¡Que seas feliz por siempre junto a seres dichosos, puesto que eres su cumplida esposa!

YOCASTA. –De igual modo lo seas tú, extranjero. Lo mereces por tus buenos deseos. Pero dime qué necesidad te ha traído y qué quieres comunicar.

MENSAJERO. –Buenas noticias para tu casa y para tu esposo, mujer.

YOCASTA. –¿Cuáles son? ¿De parte de quién vienes?

MENSAJERO. –De Corinto. Las palabras que te diré quizá te resulten gratas –¿cómo no?– pero tal vez te aflijan.

YOCASTA. –Pero, ¿qué es? ¿Por qué existe esa doble posibilidad?

MENSAJERO. –Los habitantes de la tierra del istmo lo harán rey, como se anunció allí.

YOCASTA. –¿Pero no está en el poder el anciano Pólibo?

MENSAJERO. –No, desde que la muerte lo tiene en la tumba.

YOCASTA. –¿Qué dices? ¿Ha muerto el padre de Edipo?

MENSAJERO. –Si no digo la verdad, merezco la muerte.

YOCASTA. –Sirvienta, ¡¿Por qué no vas rápidamente a decir esto al amo?! ¡Oráculo de los dioses!, ¿dónde están? Ése era el hombre al que Edipo evitaba desde hace tiempo, por temor a matarlo. ¡Y ahora ha muerto por obra de su suerte y no por obra de él!

(Entra Edipo en escena.)

EDIPO. –Yocasta, muy querida mujer, ¿por qué me has hecho venir aquí desde el palacio?

YOCASTA. –Escucha a este hombre, y examina al oírlo dónde han quedado los oráculos venerables de los dioses.

EDIPO. –¿Pero quién es éste y qué tiene para decirme?

YOCASTA. –Viene de Corinto a anunciar que tu padre Pólibo ya no existe. ¡Ha muerto!

EDIPO. –¿Qué dices, extranjero? Anúnciamelo tú mismo.

MENSAJERO. –Si es necesario que primero diga esto claramente, sabe bien que se ha ido con la muerte.

EDIPO. –¿Acaso víctima de traición o por el golpe de una enfermedad?

MENSAJERO. –Un leve ataque deja tendidos a los cuerpos ancianos.

EDIPO. –Murió por una enfermedad el desdichado, según se ve.

MENSAJERO. –Y por haber contado largos años.

EDIPO. –¡Ay, ay, mujer! ¿Por qué habría de observar la morada profética de Pito, o los pájaros que graznan en lo alto, de acuerdo con cuyos indicios yo iba a matar a mi padre? Cuando él yace muerto bajo tierra y yo me encuentro aquí sin haberlo tocado con ningún arma, a no ser que se haya consumido de pena por no verme: sólo así habría muerto por mi causa. De modo que Pólibo se ha llevado al Hades estos oráculos, que no tienen valor.

YOCASTA. –¿Pero no te lo decía yo hace rato?

EDIPO. –Es verdad. Pero me dejé llevar por el miedo.

YOCASTA. –Ya no permitas que ninguna de estas cosas afecte tu ánimo.

EDIPO. –¿Cómo no voy a temer el lecho de mi madre?

YOCASTA. –Pero ¿qué puede temer un hombre que está a merced de la fortuna y no tiene previsión segura de nada? Lo mejor es vivir como a uno le parece, en la medida de sus posibilidades. De modo que no temas la unión con la que te engendró, pues ya muchos de los mortales se acostaron en sueños con su madre.[36] Pero el que no se interesa en estas cosas lleva mejor su vida.

36. El pasaje se asocia habitualmente con la mención del mismo hecho en Platón, *República* 571 c.

EDIPO. –Habrías dicho bien todo esto, si no continuara viva mi madre. Pero puesto que actualmente vive, resulta forzoso sentir temor, aunque tú hablas con razón.

YOCASTA. –No obstante, los funerales de tu padre son una gran luz.

EDIPO. –En verdad, lo comprendo. Pero tengo temor por la que está viva.

MENSAJERO. –¿Cuál es la mujer por la que temen?

EDIPO. –Mérope, anciano, con quien vivía Pólibo.

MENSAJERO. –¿Pero qué hay en ella que les produzca temor?

EDIPO. –Un terrible oráculo impulsado por los dioses, extranjero.

MENSAJERO. –¿Se puede decir? ¿O no está permitido que otro lo sepa?

EDIPO. –Por cierto que sí. Loxias afirmó en ese entonces que yo iba a unirme con mi madre y a tomar con mis manos la sangre paterna. Por esa causa, hace tiempo he puesto distancia de mi patria Corinto. Con fortuna, pero igualmente lo más grato es ver los rostros de los padres.

MENSAJERO. –¿Y por temor a esto te has alejado del país?

EDIPO. –No quería ser el asesino de mi padre, anciano.

MENSAJERO. –Pero ¿acaso no te he liberado de ese miedo, señor, al llegar aquí con buenas intenciones?

EDIPO. –Y ten por cierto que tendrás de mi parte un merecido agradecimiento.

MENSAJERO. –Y por eso he venido yo, para obtener algún beneficio cuando regreses al palacio.

EDIPO. –Pero jamás iré junto a los que me engendraron.

MENSAJERO. –Hijo, bien claro está que no sabes lo que haces...

EDIPO. –¿Por qué, anciano? ¡Enséñamelo, por los dioses!

MENSAJERO. –Si evitas volver al hogar por esta causa.

EDIPO. –Es por miedo de que Febo me resulte veraz.

MENSAJERO. –¿Para no contraer el miasma de quienes te engendraron?

EDIPO. –Eso, anciano, eso es lo que me tiene asustado para siempre.

MENSAJERO –¿Pero sabes que, en realidad, nada tienes que temer con justicia?

EDIPO. –¿Y cómo no? ¡Si soy hijo de tales padres!

MENSAJERO. –Porque Pólibo nada tiene en común con tu linaje.

EDIPO. –¿Qué dices? ¿No fue Pólibo el que me engendró?

MENSAJERO. –No más que este hombre que está aquí, sino lo mismo.

EDIPO. –¿Pero cómo el progenitor puede ser igual al que no es nada?

MENSAJERO. –Porque no te engendró aquél, ni yo.

EDIPO. –Pero ¿por qué me llamaba hijo?

MENSAJERO. –Porque fuiste un don –sábelo bien– que una vez recibió de mis manos.

EDIPO. –¿Y aun así, tomado de otra mano, supo quererme tanto?

MENSAJERO. –La anterior falta de hijos lo impulsó a eso.

EDIPO. –¿Y tú me habías comprado o encontrado por casualidad, cuando me entregaste a él?

MENSAJERO. –Te hallé en las quebradas frondosas del Citerón.

EDIPO. –¿Eres pastor y nómada a jornal?

MENSAJERO. –Y también tu salvador en ese tiempo, hijo.

EDIPO. –¿Y qué dolor tenía yo cuando me tomaste en tus manos?

MENSAJERO. –Las articulaciones de tus pies lo pueden atestiguar.

Edipo. –¡Ay de mí! ¿Cuál es esa antigua desgracia que mencionas?

Mensajero. –Yo te desaté, porque tenías perforadas de lado a lado las extremidades de los pies.

Edipo. –¡Terrible ultraje tuve de mis pañales!

Mensajero. –Al punto que por esta fortuna obtuviste el nombre de quien eres.

Edipo. –¡Por los dioses! ¿De parte de mi madre o de mi padre? Explícate.

Mensajero. –No lo sé. El que te entregó conoce eso más que yo.

Edipo. –¿De manera que me tomaste de otro, no me hallaste solo?

Mensajero. –No, te entregó a mí otro pastor.

Edipo. –¿Quién es? ¿Lo conoces como para darme el nombre?

Mensajero. –Se decía, ciertamente, que era uno de los servidores de Layo.

Edipo. –¿Del que antaño fue rey de esta tierra?

Mensajero. –Claro está. Era pastor de ese hombre.

Edipo. –¿Y vive aún el hombre, para que lo pueda ver?

Mensajero. –Son ustedes, los habitantes de esta tierra, quienes pueden saberlo mejor.

(Edipo se dirige al Coro.)

Edipo. –¿Hay entre ustedes, que están junto a mí, quien conozca al pastor al que alude, alguien que lo haya visto en los campos o aquí mismo? Señálenlo, porque ha llegado el momento de descubrir estas cosas.

Corifeo. –Por lo que creo, no es ningún otro que el que querías ver antes, trayéndolo del campo. Pero aquí está Yocasta, que puede decirlo mejor.

Edipo. –Mujer, ¿conoces a aquél a quien recién queríamos hacer venir? ¿Es él a quien se refiere éste?

Yocasta. –¿Qué importa de quién habló? No te me-

tas en eso, y no quieras recordar en vano qué se ha dicho.

EDIPO. –No puede ser que yo, teniendo tales indicios, no saque a la luz mi propio nacimiento.

YOCASTA. –¡No, por los dioses! ¡Si en algo cuidas tu vida, no indagues eso! Es bastante con que yo sufra.

EDIPO. –¡Ten ánimo! Pues, aunque se revele que yo soy por tres generaciones hijo de madre esclava, jamás resultará innoble.

YOCASTA. –¡De todos modos, obedéceme, te lo imploro! ¡No hagas eso!

EDIPO. –Jamás seré persuadido de no llegar a saber esto claramente.

YOCASTA. –Pero te lo digo porque sé bien qué es lo mejor para ti.

EDIPO. –En verdad, lo mejor para mí hace rato que me está molestando.

YOCASTA. –¡Desafortunado! ¡Que nunca llegues a saber quién eres!

EDIPO. –¡Pero por qué no va alguien de una vez a traerme al pastor! Déjenla a ella gozar de su poderoso linaje.

YOCASTA. –¡Ay, ay, ay, desgraciado! Pues sólo así puedo llamarte, y nunca más de otro modo.

(Yocasta se retira al palacio.)

CORIFEO. –¿Por qué se ha ido así, Edipo, tu mujer, precipitada por un crudo dolor? Temo que de este silencio estallen desgracias.[87]

EDIPO. –¡Que estalle lo que quiera! Pero yo, aunque sea humilde, querré ver mi simiente. En cambio, ella como mujer orgullosa que es, quizá se avergüenza de mi

87. También en *Antígona* v. 1245 el silencio precede al suicidio de Eurídice.

baja procedencia. Pero yo me considero hijo de la Fortuna, la de buenos dones, y no seré deshonrado, pues he nacido de tal madre. Y el tiempo, mi congénere, me mostró pequeño y poderoso. Tal soy por naturaleza, y no me voy a convertir después en otro, al punto de no llegar a conocer mi propia estirpe.

CORO

Estrofa

Si yo soy adivino y conocedor por inteligencia, ¡por el Olimpo, que no dejarás de ver, Citerón, cómo en la próxima luna llena se te ensalzará como coterráneo de Edipo, como su nodriza y madre, y serás celebrado en nuestras danzas, porque trajiste dones queridos a nuestros reyes! ¡Que también para ti sean gratas estas noticias, Febo!

Antistrofa

Hijo, ¿quién te dio a luz entre las diosas bienaventuradas? ¿Acaso alguna unida a Pan, el que anda en los montes, o alguna amante de Loxias? Pues le gustan todas las planicies agrestes. ¿O fue el soberano de Cilene[38] o el dios Baco, que habita en los altos montes, quien te recibió como hallazgo de alguna de las ninfas helicónidas, con las que tanto retoza?

(Aparece el anciano servidor acompañado por unos sirvientes.)

EDIPO. –Si también yo voy a ponerme a hacer conjeturas, anciano, aunque nunca tuve relación con él, me parece estar viendo al pastor que hace rato andamos buscando. Pues en lo avanzado de su vejez coincide exactamente con este hombre, y reconozco a los que lo traen: son servidores míos. Pero tú seguramente puedes aven-

38. Se tenía la creencia de que Hermes había nacido en el monte Cilene.

tajarme en conocimiento, porque viste al pastor con anterioridad.

CORIFEO. –Lo conozco, por cierto. Tenlo por seguro. Era pastor de Layo, fiel como ningún otro.

EDIPO. –Y ahora, en primer lugar, te pregunto a ti, extranjero corintio: ¿te refieres a él?

MENSAJERO. –A ese mismo que estás viendo.

EDIPO. –Y ahora tú, anciano, ven aquí y mírame. Contesta a lo que te pregunte. ¿Fuiste antiguamente servidor de Layo?

SERVIDOR. –Sí, esclavo no comprado, sino criado en la casa.

EDIPO. –¿De qué actividad te ocupabas, qué vida llevabas?

SERVIDOR. –La mayor parte de mi vida fui conductor de rebaños.

EDIPO. –¿Y en qué lugares acampabas con más frecuencia?

SERVIDOR. –En el Citerón o en otro lugar cercano.

EDIPO. –Entonces, ¿no reconoces que viste a este hombre en algún lugar de allí?

SERVIDOR. –¿Cuál era su ocupación? ¿A qué hombre te refieres?

EDIPO. –A éste que está aquí presente. ¿No has tenido relaciones con él?

SERVIDOR. –No como para decirlo con rapidez, de memoria.

MENSAJERO. –No es nada extraño, señor. Pero yo le haré recordar con claridad lo que no reconoce. Pues bien, sé que recuerda que andaba con dos rebaños y yo con uno en la región del Citerón. [...] Estuvimos cerca uno del otro durante tres períodos enteros de seis meses, desde la primavera hasta Arturo.[39] Al llegar el invierno,

39. Un poco antes del equinoccio de otoño, en septiembre.

yo conducía mis rebaños a los establos y él a los rediles de Layo. ¿Digo algo cierto con esto o nada que haya ocurrido?

SERVIDOR. –Dices la verdad, aunque de mucho tiempo atrás.

MENSAJERO. –Vamos, ahora dime: ¿reconoces que entonces me diste un niño para que yo lo criara como hijo mío?

SERVIDOR. –¿Pero qué ocurre? ¿Para qué indagas este asunto?

MENSAJERO. –Porque éste es, mi amigo, aquel que entonces era un niño.

SERVIDOR. –Pero, ¡muérete! ¡¿No te callarás de una vez?!

EDIPO. –Anciano, no lo reprendas, porque son tus palabras las que requieren un castigo, más que las de éste.

SERVIDOR. –¿En qué estoy en falta, excelentísimo amo?

EDIPO. –En no hablar del niño por el que te pregunta.

SERVIDOR. –Pues está hablando sin saber, y se empeña en vano.

EDIPO. –Tú no vas a hablar por las buenas, pero sí lo harás entre llantos.

SERVIDOR. –¡No, por los dioses! ¡No maltrates a un anciano como yo!

EDIPO. –¿Por qué no le ata alguien las manos a la espalda? ¡Pronto!

SERVIDOR. –¡¿Por qué?! ¡Desventurado!, ¿qué más quieres saber?

EDIPO. –¿Le diste a él el niño por el que te pregunta?

SIRVIENTE. –Sí, se lo di. ¡Ojalá hubiese muerto ese día!

EDIPO. –Y a eso llegarás, si no dices lo que es debido.

SIRVIENTE. –Mucho más voy a morir si lo digo.

EDIPO. –Se ve que este hombre busca demorar la cosa.

SIRVIENTE. –Yo no. ¡Si ya dije que lo entregué, hace rato!

EDIPO. –¿De dónde lo tomaste? ¿Era de tu familia o lo recibiste de otro?

SIRVIENTE. –No era mío. Lo recibí de alguien.

EDIPO. –¿De cuál de estos ciudadanos?

SIRVIENTE. –¡No, por los dioses, no investigues más!

EDIPO. –Estás muerto, si te lo tengo que preguntar de nuevo.

MENSAJERO. –Bien, era uno de los niños de la casa de Layo.

EDIPO. –¿Un esclavo? ¿O alguien de su linaje?

MENSAJERO. –¡Ay de mí! ¡Estoy ante la cosa misma! ¡Terrible de decir!

EDIPO. –¡Y, para mí, de escuchar! Pero, a pesar de todo, hay que oírlo.

MENSAJERO. –En verdad, se decía que era hijo de aquél. Pero la que está adentro, tu mujer, puede decir mucho mejor cómo es la cuestión.

EDIPO. –¿Pero acaso te lo dio ella?

SERVIDOR. –Así es, señor.

EDIPO. –¿Para qué fin?

SERVIDOR. –Para que lo mate.

EDIPO. –¿Su propia madre? ¡Desdichada!

SERVIDOR. –Por temor a oráculos funestos.

EDIPO. –¿Cuáles?

SERVIDOR. –Se decía que él iba a matar a sus padres.

EDIPO. –Y entonces tú ¿cómo lo entregaste a este anciano?

SERVIDOR. –Sentí compasión, señor. Creí que se lo iba a llevar a otra tierra, de donde era él. Pero lo salvó, para los mayores males. Pues si tú eres quien él dice, sabe que has venido al mundo con mal destino.

EDIPO. –¡Ay, ay! Todo se cumple con claridad. ¡Oh luz! ¡Que ésta sea la última vez que te veo! Es manifiesto que he nacido de los que no debía, y tuve relaciones con quien no podía, y maté a los que no correspondía.

Coro

Estrofa 1

¡Ay, generaciones de mortales! ¡Me doy cuenta de que llevan una vida igual a nada! Pues ¿qué hombre, quién, obtiene más felicidad que tanta como hace falta para dar la apariencia y, tras haberla dado, declinar de nuevo? Al conocer tu ejemplo, Edipo, tu destino, no tengo ya por dichoso a ninguno de los mortales.

Antistrofa 1

Tú empuñaste el arco soberbiamente y te hiciste de una dicha feliz por completo, ¡por Zeus! Pues llevaste la perdición a la virgen cantora de enigmas, de curvas garras.[40] Te erigiste en mi país como un bastión contra las muertes. Y, por ello, fuiste nombrado rey y honrado del mejor modo, mientras reinaste en la magna Tebas.

Estrofa 2

Pero ahora ¿quién puede ser juzgado más miserable? ¿Quién soporta entre sufrimientos, con crudas atrocidades en su misma casa, el cambio de su vida? ¡Ilustre Edipo! ¡En tu caso, el mismo tremendo puerto resultó suficiente a hijo y padre para caer como esposo! ¡¿Cómo pudieron los surcos sembrados por tu padre tolerarte en silencio hasta tal punto?! ¡¿Cómo, desafortunado!?

Antistrofa 2

Te sorprendió el tiempo que todo lo ve, aunque no fue tu voluntad. ¡Condena una antigua boda que no es boda, en la que engendras y eres engendrado! ¡Hijo de Layo! ¡Ojalá nunca te hubiese visto! ¡Cómo gimo y vierto en derredor lamentos de mi boca! Pero, para decir lo correcto, gracias a ti respiré y pude entregar mi ojo al sueño.

40. La Esfinge; véase Apéndice.

(Sale un mensajero del palacio.)

MENSAJERO DEL PALACIO. –¡Ustedes, por siempre honrados del mejor modo en esta tierra! ¡Qué hechos van a oír, qué cosas van a ver! ¡Cuán grande será su duelo, si todavía les preocupa con nobleza la casa de los Labdácidas! Pues creo que ni el Istro ni el Fasis[41] podrán lavar con una purificación esta casa. ¡Cuántas cosas oculta! Pronto saldrán a la luz otros males, queridos y no involuntarios. Y de las penas la que más afligen son, con mucho, las que se eligen por propia decisión.

CORO. –Nada hay en lo que ya vimos que no sea causa de gran pesadumbre. ¿Qué dices además de eso?

MENSAJERO DEL PALACIO. –La palabra más rápida de decir y de entender: ha muerto la divina Yocasta.

CORO. –¡Ay, la muy desafortunada! Pero, ¿por qué causa?

MENSAJERO DEL PALACIO. –Por su propia decisión. Pero falta lo más doloroso de todo lo ocurrido, pues no está ante la vista. Sin embargo, hasta donde alcance mi memoria, conocerás los sufrimientos de aquella desgraciada. Llevada por furor, atravesó el umbral; se lanzó enseguida en dirección de su lecho nupcial, mientras se arrancaba el cabello con ambas manos. Y no bien hubo entrado, después de cerrar por dentro las puertas, se puso a llamar al que hace ya tiempo es cadáver, a Layo, evocando el recuerdo de simientes antiguas, por las que tuvo que morir, mientras que la dejó a ella, para su descendencia, como madre de una cría mal parida. Lloraba a gritos sus uniones en el lecho, por las que tuvo, infeliz, una descendencia doble: un marido de un marido, e hijos de hijos. Ahora bien, cómo fue su muerte después de esto, yo no lo sé. Pues, aullando, Edipo se precipitó dentro del palacio. Por ello, no fue posible observar el terri-

41. Los ríos Danubio y Rión.

ble final de ella, sino que dirigimos nuestra mirada a él, que daba vueltas en círculo. Iba de un lado a otro, mientras nos reclamaba una espada y preguntaba dónde hallar a su mujer, que no era su mujer sino doble surco materno, de él y de sus hijos. En el medio de esa furia, uno de los dioses –pues no fue ninguno de los hombres que estábamos allí– se lo indica. Entonces, con un terrible aullido, como llevado por un guía, se lanza sobre las puertas dobles y hace saltar el cerrojo de los goznes. Así se introduce en la habitación, donde pudimos contemplar colgada a su mujer, suspendida de cuerdas trenzadas. No bien la ve, mientras lanza, el pobre, terribles rugidos, afloja el nudo de la cuerda. Y cuando la desafortunada quedó acostada en tierra, horrible fue ver lo que vino después. Tras arrancar de los vestidos los broches de oro con los que ella se adornaba, los alzó para atravesarse la órbita de los ojos. Y proclamaba cosas como éstas: que ya no lo verían ni a él, ni los horrores que había sufrido, ni los que había cometido, sino que, en adelante, él vería en tinieblas a quienes no hubiera debido ver, pero no reconocería a quienes desearía reconocer.

Mientras entonaba tales canciones varias veces, y no una sola, levantó los brazos y desgarró sus ojos. Las pupilas ensangrentadas bañaban continuamente sus mejillas, y no soltaba gotas chorreantes, sino que se desparramaba una lluvia negra de sangre, como un granizo.

Estos males se han cumplido por obra de los dos, no de uno solo: el hombre y la mujer se mezclan en desgracias. Su vieja dicha de antes fue realmente dicha, pero ahora, en este día, es lamento, ruina, muerte, vergüenza. De todos los nombres que existen para el mal, ninguno está ausente.

CORO. –Pero ahora ¿se encuentra el desgraciado en algún descanso de su desgracia?

MENSAJERO DEL PALACIO. –Está aullando para que se descorran los cerrojos y sea revelado a todos los cad-

meos el parricida, el que a su madre... ¡Dice cosas impías que me son impronunciables! Afirma que se arrojará a sí mismo fuera de esta tierra, que no podrá permanecer en el palacio, maldito por su propia maldición. En verdad, necesita una fuerza y un guía. Pues su sufrimiento es mayor de lo que se puede tolerar. Ya te lo mostrará también a ti, pues se están abriendo los cerrojos de las puertas. Verás enseguida un espectáculo tal como para arrancar compasión incluso al que lo odiara.

(Se abren las puertas y aparece Edipo con los ojos ensangrentados.)

CORO. –¡Oh, sufrimiento terrible de ver para los seres humanos! ¡El más tremendo de todos los que he encontrado hasta ahora! ¿Qué locura te acometió, infeliz? ¿Qué divinidad se abatió sobre tu destino infausto con un salto grande entre los grandes? ¡Ay de ti, desgraciado! ¡Pero ni siquiera puedo dirigir mi vista hacia ti, aunque tantas cosas deseo preguntarte, tantas cosas saber, y tanto mirarte! ¡Tal horror me produces!

EDIPO. –¡Ay ay ay! ¡Desventurado de mí! ¿A qué lugar de la tierra voy a ir en mi desgracia? ¿Por dónde se va volando mi voz en el arrebato? ¡Oh, destino!, ¿adónde te precipitaste?

CORIFEO. –Hacia una calamidad, inaudita y nunca vista.

Estrofa 1

EDIPO. –¡Ay nube abominable de mi oscuridad, has venido a mí de modo inexpresable! ¡Sin poder ser dominada, traída por malos vientos! ¡Ay de mí, nuevamente! ¡Cómo me penetran, a la vez, el pinchazo de estos aguijones y el recuerdo de mis males!

CORIFEO. –No es de extrañar que en estas penas sufras doblemente, soportes dobles desgracias.

Antistrofa 1

EDIPO. –Ay, amigo, tú eres el único servidor que me queda, pues todavía persistes en ocuparte de mí, el ciego. No te me ocultas, en las tinieblas reconozco al menos tu voz claramente.

CORO. –¡Has hecho cosas tremendas! ¿Cómo te atreviste a destruir tus ojos? ¿Qué divinidad te impulsó?

Estrofa 3

¡Fue Apolo, sí, fue Apolo, amigos, quien cumplió estos horrores! ¡Sí, cosas horribles, mis sufrimientos! Pero nadie más los realizó con su mano, sino sólo yo, desgraciado. Por eso, ¿para qué iba a seguir viendo, cuando no hay para mí nada grato de ver?

CORO. –Es así, en verdad, como dices.

EDIPO. –Por eso, ¿qué me queda para ver, para amar? ¿Cómo voy a escuchar con placer a quien me habla, amigos? Llévenme fuera de esta tierra, cuanto antes. Saquen de aquí, amigos, al gran funesto, al más maldito, al más odioso de los mortales, incluso para los dioses.

CORO. –¡Triste de ti, por tu inteligencia y por tu desgracia! ¡En verdad hubiese deseado que nunca te hubieses reconocido!

Antistrofa 2

EDIPO. –¡Ojalá muera aquel que entre los pastos me quitó los crueles grilletes de mis pies, me libró de la muerte, me salvó! ¡No hizo nada que deba agradecerse! Pues si hubiese muerto entonces, no habría sido un dolor tan grande para mis seres queridos, ni para mí.

CORO. –Ojalá hubiese sido así, también es mi deseo.

EDIPO. –No hubiera resultado asesino de mi padre, ni obtenido el nombre de esposo de la que nací. En cambio, ahora estoy desprovisto de dioses, hijo de sacrilegios, y tengo hijos comunes con aquellos de quienes nací, ¡desdichado! Si hay un mal mayor que el mal, eso es lo que obtuvo Edipo.

Coro. –No sé si decir que has tomado buena decisión. Pues para ti sería mejor no existir que vivir ciego.

Edipo. –¡No me muestres ahora que las cosas, como están, no han sido bien hechas, no me des aun consejos! Pues yo no sé con qué ojos hubiese podido dirigir la mirada a mi padre, si tuviera vista, al llegar a la morada de Hades, ni tampoco a mi desgraciada madre. Las acciones que cometí con ellos dos merecen algo peor que la horca. ¿Y acaso sería deseable para mí contemplar el rostro de mis hijos, nacidos como nacieron? Jamás, al menos, con estos ojos míos. Ni tampoco la ciudad, ni las sacras efigies de los dioses de las que yo mismo, infeliz, me privé –yo, el hombre que vivió en Tebas con los más nobles honores– al proclamar que todos arrojen al impío, al que los dioses mostraron impuro e hijo de Layo. Ahora que he revelado que tal flagelo es mío, ¿acaso podría mirarlos con ojos rectos? ¡En absoluto! Incluso, si fuese posible ocluir la fuente de mis oídos, no me hubiese contenido de obstruir mi cuerpo infausto, para ser ciego y sordo a la vez. Pues es grato que el pensamiento viva apartado de desgracias. ¡Ay Citerón! ¿Por qué me recibiste? ¿Por qué no me mataste enseguida cuando me tomaste? Así nunca hubiese mostrado a los hombres de dónde he nacido. ¡Oh Pólibo y Corinto, y mi antiguo hogar paterno, aunque sólo de nombre! ¡Cómo me criaron con una belleza que ocultaba virulencias malignas! Ahora encuentro que soy vil y nacido de viles. ¡Oh, tres caminos y oculta cañada, encinar y desfiladero de la encrucijada! ¡Bebieron mi sangre, por obra de mis manos brotó la de mi padre! ¿Se acuerdan aún de mí? ¡Qué acciones cometí ante ustedes y cuáles de nuevo al llegar aquí!

¡Oh, matrimonios, uniones que me engendraron y, para volver a engendrar, lanzaron la misma simiente! ¡Así mostraron a los padres como hermanos, a hijos en crimen de sangre familiar, a las mujeres como esposas y madres, y cuantas abominaciones tienen lugar entre los seres humanos!

Pero basta ya de hablar de lo que no es digno hacer. ¡Vamos, cuanto antes, por los dioses! ¡Escóndanme de algún modo lejos de aquí, entréguenme a la muerte o arrójenme al mar, donde jamás vuelvan a verme! ¡Vengan, dígnense a tocar a este hombre infeliz! ¡Obedezcan! No tengan miedo. Pues ningún mortal va a cargar con mis desgracias, excepto yo.

CORIFEO. –Pues bien, en cuanto a lo que pides, aquí está Creonte justamente, para lo que convenga hacer y decidir, porque él ha quedado como único guardián de esta tierra, en tu lugar.

EDIPO. –¡Ay de mí! ¿Qué palabra puedo decir ante él? ¿Qué motivo legítimo de confianza puedo poner de manifiesto? Pues he podido comprobar que la vez pasada estuve mal en todo con él.

CREONTE. –No he venido para burlarme, Edipo, ni a reprocharte alguno de los males pasados. *(Se dirige al Coro.)* Pero ustedes, si ya no sienten vergüenza ante los hijos de los mortales, muestren respeto, al menos, por la llama del Sol soberano, que todo lo hace crecer. No dejen así de cubrir semejante pústula, que ni la tierra ni la sagrada lluvia ni la luz acogerán jamás. ¡Vamos! Condúzcanlo lo más pronto al palacio. Pues sólo a los familiares está permitido ver y oír los males de la familia.

EDIPO. –¡Por los dioses! Puesto que me liberaste de una expectativa al venir tú, el más noble, frente al hombre más vil, hazme caso en algo, y te lo digo por ti, y no por mí.

CREONTE. –¿Qué necesidad tienes, para pedirlo así?

EDIPO. –Arrójame de esta tierra tan pronto como puedas, adonde ningún mortal pueda hablarme.

CREONTE. –Lo haría, sábelo bien, si no tuviese primero que pedir consejo al dios de lo que hay que hacer.

EDIPO. –Pero si su palabra ya fue enteramente revelada: hay que matarme a mí, impío parricida.

CREONTE. –Así fue dicho. Pero en la situación en la que estamos es mejor averiguar qué hay que hacer.

EDIPO. –¿Pero vas a hacer consultas por un hombre tan funesto?

CREONTE. –Así, al menos, le darás ahora crédito al dios.

EDIPO. –Por cierto, tengo para ti un encargo y esta petición: de la que está en casa dispón tú mismo el funeral que quieras, pues cumplirás con los tuyos con corrección. Pero, en lo que a mí toca, que jamás esta ciudad paterna se digne a recibirme como ciudadano, mientras viva. Por el contrario, déjame vivir en los montes, en ese lugar mío que se llama Citerón. Mi madre y mi padre, ambos en vida, dispusieron que él sea mi genuina tumba, y así moriré por mano de quienes debieron matarme. Pero sé bien, al menos, algo: que ni la enfermedad ni ninguna otra cosa va a consumirme. Pues jamás me hubiese salvado cuando estaba a punto de morir, a no ser para un mal terrible. ¡Pero vaya nuestro destino por donde sea!

Por mis hijos, Creonte, no te hagas problema. Son hombres, de manera que no tendrán falta de medios de vida, estén donde estén. En cambio, cuídame a mis dos niñas, infelices y dignas de lástima, pues participaban ambas de todo lo que yo gustaba. Y permíteme, muy especialmente, que las toque con mis manos y pueda llorar mis desgracias.

¡Por favor, señor! ¡Por favor, tú, que eres noble de nacimiento! Si pudiera acariciarlas con mis manos, me parecería tenerlas, como cuando veía. Pero ¿qué estoy diciendo? ¿No estoy escuchando llorar a mis dos queridas? ¿Creonte me hizo traer por compasión a mis dos hijas, lo que más quiero? ¿No estoy en lo cierto?

(Entran Antígona e Ismena.)

CREONTE. –En verdad, fui yo el que así lo dispuso, porque sabía el placer que te iba a dar ahora, un deseo que hace rato te posee.

EDIPO. —¡Ojalá seas feliz, y que en este camino la divinidad vele por ti mejor que lo hizo por mí! ¿Dónde están, hijas? Vengan aquí, vengan junto a sus hermanas, estas manos mías: ellas provocaron que ustedes vean así los ojos antes brillantes del padre que las engendró. Este padre suyo, sin verlo ni saberlo, se reveló que era padre de ustedes de donde él mismo fue sembrado. Pero lloro por las dos. No tengo corazón de dar la cara ante ustedes, cuando pienso en las amarguras que les quedan por vivir. ¿Qué vida tendrán que pasar ambas ante las demás personas? Pues ¿a qué reunión de ciudadanos irán, a qué fiestas de las que no regresen a casa cubiertas de llanto, en lugar de haber gozado de la celebración? Y cuando lleguen al tiempo de casarse, ¿quién será, hijas, el que se exponga a soportar estas infamias, desgracias tanto para mis padres como para ustedes dos? ¿Cuál de los males falta? ¡Su padre mató a su propio padre, labró los surcos de su madre, donde él mismo fue sembrado, y las tuvo a ustedes de aquella de la que él mismo fue parido! Serán objeto de tales ignominias. Y, de este modo, ¿quién querrá casarse? Nadie, hijas, sino que con seguridad tendrán que consumirse secas, estériles, sin marido. *(Se dirige a Creonte.)* Y tú, hijo de Meneceo, ya que tú solo quedas como padre de éstas —pues los dos que las engendramos estamos muertos—, no permitas que ellas, que son de tu misma familia, vaguen en la pobreza, sin marido. No las iguales con mis pesares. Por el contrario, ten piedad de ellas. Mira qué niñas que son, carentes de todo, excepto en lo que te toca a ti. Concédemelo, noble hombre, tocándome con tu mano. *(Se dirige a sus hijas.)* A ustedes, hijas mías, les daría muchos consejos, si ya tuvieran capacidad de razonar. Ahora sólo suplico que, donde la oportunidad les permita vivir, tengan una existencia mejor que su padre.

CREONTE. —¡Basta! Terminaron los llantos. Entra al palacio.

EDIPO. —Obedeceré, aunque no me es grato para nada.

CREONTE. –Todo está bien en su momento.

EDIPO. –Entonces, ¿sabes con qué condiciones me iré?

CREONTE. –Si me las dices, me enteraré.

EDIPO. –Que me envíes al exilio de esta tierra.

CREONTE. –El don que me pides está en manos de la divinidad.

EDIPO. –¡Pero si justamente aquí me tienes: como el más odiado para los dioses!

CREONTE. –Entonces, lo conseguirás bien pronto.

EDIPO. –¿Lo dices de verdad?

CREONTE. –No me gusta decir en vano lo que no siento.

EDIPO. –¡Sácame ya mismo de aquí!

CREONTE. –Vete, pero suelta a tus hijas.

EDIPO. –De ningún modo me las quitarás.

CREONTE. –No quieras triunfar en todo, pues tus triunfos no te acompañaron toda la vida.

(Entran en el palacio.)

CORIFEO

Habitantes de la tierra de Tebas, miren: éste es Edipo, el que llegó a conocer los famosos enigmas y fue el hombre más poderoso. Ninguno de los ciudadanos dejó de mirar con envidia su fortuna. ¡En qué ola de terrible desgracia ha venido a caer! Por eso, no hay que considerar feliz a ningún mortal hasta ver su último día, hasta que no alcance el límite de su vida, sin padecer dolor.[42]

42. Algunos –como Pearson– no consideran propios del texto estos últimos versos, véase *Las traquinias*, vv. 1-3.

APÉNDICE

EL ENIGMA DE LA ESFINGE

La Esfinge y su enigma preceden a la acción del *Edipo rey* como una instancia de continua referencia. En el texto se la llama "la virgen cantora de enigmas, de curvas garras" (v. 1199), "la perra cantora" (v. 391), "la virgen alada" (v. 508), entre otras denominaciones. El Coro de *Las fenicias* de Eurípides está dedicado a ella, y un drama satírico de Esquilo, hoy perdido, llevaba su nombre. Además, sabemos que sus representaciones iconográficas datan de época arcaica.[1] Pero a pesar de que no carecemos de testimonios, la figura de la Esfinge es muy problemática. Su primera mención en la literatura griega (Hesíodo, *Teogonía* v. 326) no le da el nombre de Esfinge.[2] Si bien aparece desde este primer texto asociada con Tebas, algunos autores niegan su presencia en el mito originario de Edipo, mientras otros la consideran elemento imprescindible de él.[3] Es muy debatida su asociación con la representación egipcia y,

1. Véase A. Dessenne, *Le Sphinx. Étude iconographique*, París, 1957.

2. En el texto aparece *Phinx* (no *Sphinx*), de etimología incierta. *Sphinx*, en cambio, deriva de un verbo que significa "apretar", de la misma raíz de "esfínter".

3. Para la primera opinión véase L. Laistner, *Das Rätsel der Sphinx*, Berlín, 1989; para la segunda véase J.-J. Goux, ob. cit., cap. 3. El conocido fragmento de Pisandro (fr. 1), testimonio de la *Épica Cíclica*, verificaría su articulación en el mito más antiguo.

en consecuencia, también su origen.[4] Su constitución terioantropomórfica tripartita (rostro de mujer, cuerpo de león y alas de águila) ha suscitado vinculaciones con la Quimera y con el sistema trifuncional propuesto por Georges Dumézil, con paralelismos rituales.[5]

De todas maneras, con independencia de otras fuentes de la mitología, el episodio de la Esfinge forma parte nuclear de la trama de *Edipo rey*, porque esta tragedia toma precisamente como punto central el tema de los oráculos, que por su articulación discursiva se asocian con la expresión enigmática; y a Edipo se lo presenta como un hermeneuta que compite con el mismo Tiresias (vv. 385 ss.). Pues –como señala Aristóteles en *Retórica* 1405 b 3– de una inteligencia de la comprensión de metáforas deriva el entendimiento de los enigmas. Y, en este sentido, resulta relevante que tanto el enunciado del enigma como el nombre de Edipo compartan de modo enfático el signo del pie:[6]

> Existe sobre la tierra un ser bípedo y cuadrúpedo y trípedo, cuya voz es única. Sólo él cambia de naturaleza entre cuantos frecuentan la tierra, el cielo y el mar. Pero cuando en más pies anda apoyado, resulta más débil la movilidad de sus miembros.

El enunciado del enigma no ha sido transmitido por el texto de ninguna de las tragedias del ciclo tebano, sino por los agregados a las ediciones antiguas de ellas. Se ha conservado en la llamada hipótesis de la tragedia, que precede al texto, tanto en la del *Edipo rey* como en la de *Las fenicias* de

4. Véase M. Bernal, *Black Athena. The Afroasiatic Roots of Classical Civilization*, Londres, 1987, pp. 68 ss.; W. Burkert, *The Orientalizing Revolution. New Eastern Influence on Greek Culture in the Early Archaic Age*, Cambridge, 1995, p. 19.

5. Véase J.J. Goux, ob. cit., cap. 4.

6. Véase Introducción, pp. 19-23.

Eurípides.[7] Por la misma vía conocemos la famosa respuesta de Edipo:[8]

> Aunque no lo quieras, Musa de mal agüero de los muertos, oye de nuestra voz el fin de tu extravío: te referiste al ser humano, que al principio se arrastra por la tierra en cuatro pies como un infante salido del vientre, y cuando viejo apoya su bastón como un tercer pie y lleva el cuello doblado por la vejez.

7. También en Apolodoro III 5, 8. Para otras menciones véase A. Ruiz de Elvira, *Mitología clásica*, Madrid, 1995, p. 203.

8. Sólo se conserva en la *hipótesis* de *Las fenicias*.